

Libros del Asteroide



Dominique Barbéris **Un domingo en Ville-d'Avray**

Traducción de Regina López Muñoz



Dominique Barbéris

Un domingo en Ville-d'Avray

Traducción de Regina López Muñoz

Libros del Asteroide 

Índice

Portada

Portadilla

Un domingo en Ville-d'Avray

Colofón

Nota biográfica

Primera edición, 2021

Título original: *Un dimanche à Ville-d'Avray*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Arléa «La rencontre», 2019

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2021 © de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © Pauline Darley

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U. Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17977-73-3

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Para Anne Bourguignon

El otro domingo, fui a ver a mi hermana.

Mi hermana vive en Ville-d'Avray. Vive en una casa acogedora con Christian, su marido, y su hija: un jardín grande, con césped y vegetación, en un barrio residencial. En una de esas calles que se encaraman a las colinas cercanas al parque de Saint-Cloud. Como yo vivo en el centro de París, nos vemos poco y raras veces voy a visitarla. Luc dice: «Ir a ver a tu hermana es toda una expedición».

Pero no es verdad, no se trata solo de la distancia. Sé muy bien que hay un servicio regular de trenes a Ville-d'Avray. Lo cierto es que a Luc no le gusta Ville-d'Avray y que mi hermana le parece «aburrida»; sería más preciso decir que recela de ella. Su marido, Christian, es médico y trabaja en una clínica. Ella ejerció la docencia durante un tiempo, igual que yo, en centros de secundaria, pero ya no trabaja. Algo hace en la clínica. De vez en cuando echa una mano a Christian con las tareas de secretaría, trata por teléfono algún que otro síntoma sin importancia, o manda a pacientes preocupados al hospital, pero trabajar, lo que se dice trabajar, no trabaja. Y, personalmente, me dice Luc, un diagnóstico de tu hermana no me inspiraría ninguna confianza. Siempre parece estar «en otra parte». «Tu hermana», dice Luc, «nunca ha tenido los pies en la tierra. Es cosa de familia».

En esos casos, en general, Luc y yo discutimos. Discutimos cada vez que hablamos de nuestras respectivas familias.

Aquel domingo, al salir de París, calculé cuántos meses hacía que mi hermana y yo no hablábamos. Luc participaba en un seminario, o fingía participar en un seminario. Tenía mis dudas al respecto. Más concretamente, llevaba un tiempo sospechando que mantenía una relación con una mujer de nuestro círculo de amigos, Fabienne, una universitaria. Estaba harta de París, del calor y la contaminación de la ciudad.

La nueva estación se adelantaba. Recuerdo que era un domingo de primeros de septiembre, uno de esos por los que discurre la frontera entre el otoño y el verano.

Algunas casas de los barrios que atravesaba estaban cerradas —prueba de que sus dueños no habían vuelto—, pero había flores en los jardines. Flores que florecían solas en aquellos jardines desocupados. Se percibía por todas partes, más que en París, esa suerte de desperezo lánguido y de inmovilidad tan propios de las plantas en otoño. Había menos rosas rojas que rosas claras; las rosas rojas, pese a tener un color más firme y un perfume más intenso, duraban menos. Era como si se agotaran.

Tal vez el color agote a las rosas.

Pasé por delante de una estación, ya no recuerdo cuál; la gente que salía de los vagones de un tren procedente de París se desperdigaba tras la reja que separaba el andén de la calle como personajes recortados contra el fondo del cielo. Parecía que dudaran, que no supieran adónde ir. El tren prosiguió su camino; reinaba la atmósfera típica de los domingos, ese grado de vacío, de

liviana incertidumbre, de vaga aprensión (ligada a la incertidumbre) que caracteriza los domingos; yo me había puesto las gafas de sol, me decía que, a pesar del buen tiempo, a pesar de lo que quedaba aún de verano, una tarde de domingo es inconfundible.

Los domingos por la tarde, cuando mi hermana y yo éramos pequeñas y vivíamos en Bruselas, mamá solía ponerse nerviosa. La noche caía antes que los otros días de la semana, sobre todo en invierno. Venía precedida de una niebla húmeda. Mamá nos llevaba al parque; nos obligaba a rodear el estanque para «tomar el aire». «Apretad el paso, y respirad por la nariz», decía, «si no, aspiraréis el aire húmedo, os dolerá la garganta, y yo no tengo ninguna intención de cuidaros». Nos subíamos al puente japonés y echábamos pan a los cisnes. Mamá nos vigilaba desde lejos cerrándose el cuello de pieles con las manos enguantadas. Por la avenida que bordeaba el parque, las farolas iban encendiéndose una por una; nos gustaban mucho aquellas luces en la oscuridad, amplificadas por la niebla húmeda; percibíamos en ellas una poesía aterida, pero, de regreso, caminábamos «como pisando huevos», con el corazón curiosamente encogido. Sabíamos cómo discurriría la velada. Todos los domingos era igual: nada más llegar a casa, mamá le reprocharía a papá, que se había quedado leyendo el periódico, el tedio y las tareas domésticas que el matrimonio había impuesto en su vida. Aquellos reproches se veían agravados por la vida en Bélgica; la vida en Bélgica agravó mucho, en nuestro hogar, la ansiedad de las tardes de domingo. Por ejemplo, los vecinos de arriba, belgas (los Kacenelenbogen), se conformaban con un café con leche y unas tostadas con azúcar moreno para cenar. Mamá los utilizaba como argumento: si, simple y llanamente, hubiéramos sido belgas, belgas de verdad, sin las complicaciones culinarias que caracterizan a los franceses, los domingos por la noche habríamos cenado tostadas con azúcar moreno igual que los Kacenelenbogen, y ella no habría tenido que preocuparse. Se encerraba en la cocina dando un portazo; decía que los domingos eran insoportables y que había malogrado su vida.

Los vecinos de abajo, por su parte (los Van Huyst), nos habían llamado la atención por el ruido sobre el parqué. Nos obligaban a llevar pantuflas con suela de fieltro en el piso. Algunas veces, fingíamos patinar por el entarimado del pasillo como si de un canal holandés se tratara. Repasábamos los poemas. Como los lunes eran día de recitado, siempre repasábamos los poemas la víspera. No he olvidado los que nos aprendíamos; parecían adaptados a los domingos, al tiempo gris, nublado. Estaban «Ya llega el viento, el viento salvaje de noviembre» y «Otoño», de Théophile Gautier.

*La lluvia en el jardín hace burbujas;
y tienen conciliábulos extraños
las golondrinas sobre los tejados.*

Recitarlos me procuraba un placer delicado, algo triste. El piso estaba muy silencioso. Aquel silencio nos pesaba y pedíamos permiso para encender el televisor y ver a Thierry la Fronde. Por aquel entonces, estábamos enamoradas de Thierry la Fronde, como todas las niñas de nuestra generación —me siento tentada de precisar: como todas las niñas *normales* de nuestra generación—, pero a veces me pregunto si nuestra infancia, la mía y la de mi hermana, fue normal.

Nadie tiene una infancia verdaderamente normal, supongo.

A propósito de Thierry la Fronde, hace muchos años vi al actor Jean-Claude Drouot en el teatro, en un montaje de *Tío Vania*. Él interpretaba al tío Vania, pero no resultaba creíble. Llevaba el traje de lino blanco arrugado que obedece a la idea que se hacen los dramaturgos franceses de la manera en que vestían, en verano, en sus fincas plantadas de abedules, los terratenientes rusos. Drouot había envejecido, lo que me dejó muy sorprendida; a pesar de ello, no tenía en absoluto aspecto de terrateniente ruso. Seguía teniendo pinta de vagar en leotardos, con su honda y sus amigos, por los bosques de la televisión pública de nuestra época; era una sensación extraña, que me duró toda la obra, como si la tristeza de Chéjov hubiera sido sustituida de pronto por el recuerdo de nuestros domingos delante del televisor.

Estaba sentada en la tercera fila del patio de butacas y, durante la representación, me dirigía mentalmente al actor, le decía: No nos engañas.

(¿O era más bien: No consigues que olvidemos?)

Teníamos un corazón tierno y mucha imaginación.

Dos o tres años más tarde, el inquietante «señor» de Jane Eyre, el temible y tenebroso Rochester, sucedió a Thierry la Fronde. Él también se nos había aparecido una tarde en la pequeña pantalla, en una antigua adaptación hollywoodiense. Tanto nos impactó que todavía recuerdo su llegada a caballo, cabalgando entre la bruma, su silueta achaparrada, su capa de rey gótico, el pelo negro rizado que se apartaba de la frente pálida mientras preguntaba:

—¿Le parezco guapo, Jane?

La respuesta nos dejó pasmadas: «No», decía Jane con garbo.

Sin duda, era domingo (el domingo era día de televisión). La oscuridad vespertina saturaba el salón. Unos cuervos sobrevolaban en círculo las chimeneas de Thornfield; un ruido de cadenas resonaba por los pasillos. Teníamos las piernas temblorosas, los ojos desorbitados, la boca entreabierta cuando mamá abrió la puerta:

—Cerrad la boca y no os repantiguéis en el sofá. ¿Os habéis aprendido los poemas? Dentro de diez minutos os tomo la lección.

Fuimos a recitar «El viento salvaje de noviembre» y «La lluvia en el jardín hace burbujas».

Pero era demasiado tarde; el mal ya estaba hecho; fue un mal duradero. Thierry la Fronde quedó relegado al olvido de la infancia. De repente nos parecía soso y flacucho. Ahora soñábamos con tener miedo; soñábamos con un hombre tenebroso de la edad de nuestro padre, con la nariz grande, el rostro de Orson Welles (que encarnaba el papel) y el aire de un rey mestizo.

Una escena que nos gustaba especialmente: la de la boda fallida de Jane. Dicha escena inspiró a mi hermana el guion de un juego que narro aquí para dar una idea de cómo fue nuestra infancia (y que, como es natural, le oculto a Luc): consistía en enrollarse en uno de los visillos transparentes que decoraban la ventana de nuestro dormitorio. La ventana quedaba justo encima del radiador. Daba al patio del edificio, donde no había absolutamente nada que ver: cocheras, y tejados de edificios con antenas de televisión clavadas. Nadie podía adivinar lo que hacíamos. O,

para ser más precisa, desde fuera cabía suponer que estábamos haciendo tonterías. Creernos sumidas en el oscuro y culpable tedio de los niños, el tedio de las tardes de domingo.

Nada más lejos: el corazón nos latía desbocado porque acabábamos de ponernos nuestros «velos de novia». Inmóviles y veladas, con la nariz contra el tergal de los visillos, que olía (lo recuerdo) a polvo y a tejido nuevo, las rodillas calientes por el radiador, canturreando (por introducir un poco de variedad), nos erguíamos como «frente al altar», *novias*, de la mano de un hombre tenebroso, de piel «aceitunada», de cierta edad.

¿Conoce alguien alguna razón por la que esta pareja no pueda contraer matrimonio?, preguntaba el pastor.

Una voz exclamaba, al fondo de la iglesia:

—¡Deténganse! Esta boda no puede celebrarse. El señor Rochester ya está casado.

—Continúe —pedía Rochester al pastor.

Y nos llevaba al castillo, estrechándonos con su «puño de hierro». Abría el dormitorio desconocido, guardado por una tal Grace Poole, y nos revelaba su secreto: una mujer encerrada, una infame gorgona rubicunda y desgreñada que profería relinchos animalescos, nuestra rival:

—*Esa es mi esposa* —decía él—; *ese es el único abrazo conyugal que conozco... Y esto es lo que deseaba tener* —volviéndose hacia nosotras—, *esta muchacha, tan grave y tan callada ante la boca del infierno*.

Eso era lo que hacíamos mi hermana y yo bajo las cortinas los domingos por la tarde. Nos situábamos, graves y puras, ante la boca del infierno.

—¿Qué hacéis a oscuras? ¿Qué andáis tramando, siempre metidas detrás de las cortinas? Estas niñas están desquiciadas —gritaba mamá cuando abría la puerta—. ¿Cuándo vais a hacer los deberes? Como no estudiéis, acabaréis de cajeras. De cajeras en el Prisunic. El que avisa no es traidor.

De aquella época datan la afición y el hábito de mi hermana de pasar largos ratos sin hacer nada, junto a la ventana.

Su capacidad para el silencio era tal que algunas veces preocupaba a mamá:

—¿Qué hace Claire Marie? —preguntaba—. No se la oye. Ve a ver qué anda tramando. No pensará quedarse todo el día en la ventana.

Yo sabía muy bien lo que hacía Claire Marie, cuando pegaba la nariz a los cristales: corría por el páramo, arrojaba baldes de agua al lecho en llamas de Rochester, paseaba con él por el huerto en el crepúsculo,

(«*Jane, ¿oye al ruiseñor?*»), se hallaba en plena noche en una de las alcobas de Thornfield, enjugando la sangre de un desconocido, operación que, por lo demás, nos fascinaba. Cuando nos pedían que limpiáramos la mesa (tarea que debíamos llevar a cabo por turnos después de cada comida), observábamos cómo la esponja se empapaba de agua; teníamos la perturbadora intuición de lo que podía significar «enjugar sangre». La sangre de un desconocido.

Yo preguntaba por mera formalidad:

—¿Qué haces? —le decía a mi hermana (intérprete de las fuerzas del orden).

—Nada —respondía mi hermana.

—Nada —repetía yo a las fuerzas externas.

—¿No tiene deberes? ¿No tiene ejercicios de mates? ¿Cómo pretende avanzar? ¡Esta niña acabará de cajera! ¡No será porque no se lo haya advertido!

Recuerdo un periodo completamente sonámbulo, un discurso amoroso continuo: caminábamos, dormíamos, peinábamos a nuestras muñecas y a la vez conversábamos con Rochester. Creíamos oír su llamada en mitad de la noche:

—¿Es usted? ¿Dónde está, señor?

Habíamos pedido el libro y lo leíamos, por las noches, en la cama, con la luz apagada, adornábamos el guion, inventábamos episodios que nos arrebatában y nos metían el miedo en el cuerpo.

(¡Estas niñas van a acabar miopes perdidas!)

Creo que mi hermana permaneció más tiempo bajo el influjo de aquel amor literario, mientras que yo, más joven pero de talante significativamente más pragmático, el primer año que di latín me prendé del profesor, el señor Jumeau (Bernard Jumeau). Mis notas se encaramaron a la cima. Me sabía las declinaciones de memoria. Estudiaba para deslumbrarlo. A tal punto que, tras la predicción de un porvenir como cajera, fui redirigida hacia un futuro como latinista o archivera paleógrafa, que había sido la vocación primera del señor Jumeau y su mayor sueño; nos lo contó durante una reunión en la sala de profesores. Yo estaba de pie flanqueada por mis padres, sonrojada y modesta. Tenía doce años. El señor Jumeau sugirió para mí ese mismo futuro, algo que yo interpreté como la confesión de un amor recíproco y la oficialización discreta de nuestro noviazgo.

—Muy simpático, tu profesor de latín —comentó mamá cuando volvíamos de la reunión—, y bastante guapo.



Finalmente, no estudié para ser archivera paleógrafa.

Sin embargo, de camino a Ville-d'Avray aquel día, muchos años después, en la inmovilidad del domingo otoñal, dediqué —y ¿por qué?, ¿era una corazonada?, ¿era porque me aproximaba a mi hermana?— un breve pensamiento al señor Jumeau (Bernard Jumeau). Era moreno; se parecía a la estatua del César que salía en el manual de Morisset-Thévenot (al menos, en mi mitología personal). Había encarnado mi primera incursión en el terreno de los sentimientos reales y la vida concreta. Era evidente que no podía considerarse desde el mismo punto de vista que Thierry la Fronde o Rochester. Pero, acto seguido, me dije: ¡nada de lamentaciones! Si hubieras estudiado para ser archivera paleógrafa, hoy serías miope perdida. La de horas que hay que pasar en una biblioteca.

Claire Marie, por su parte, salió tardíamente de su época Rochester para meterse de lleno en la del rock. El gusto por el rock acrobático sustituyó el de las fantasías. O, para ser más precisa, el rock alternó durante bastante tiempo con sus fases un poco lunares. En su corazón se sucedían

jóvenes roqueros de pelo largo y golpe de muñeca rítmico y enérgico que papá odiaba. Cada cierto tiempo, cuando mi hermana volvía de estar por ahí, mamá seguía vaticinándole un porvenir de cajera y, a falta de un empleo fijo, un fracaso generalizado en la vida.



Así me encontraba, llena de recuerdos, en ese estado de ánimo melancólico en que suelo caer cada vez que voy a casa de mi hermana, y creo que empecé a perderme en Ville-d'Avray, a dar vueltas por las calles provincianas y tranquilas del barrio de mi hermana, calles bordeadas de casas particulares, con sus ventanales relucientes, sus porches, sus falsos aires de villa *art déco* o villa normanda, sus jardines sembrados de rosales y cedros.

Tuve la suerte de encontrar aparcamiento en su calle. El timbre de la cancela emitió dos o tres notas ascendentes. No acudía nadie; sin embargo, una ventana del primer piso estaba abierta.

Al cabo de cinco minutos, mi hermana se asomó a la puerta de abajo, profirió un gritito de sorpresa, y vino atravesando el jardín. Iba en chancas, con los pies al descubierto, sin maquillaje, despeinada; parecía un poco ausente; se apartó con la mano un mechón que le caía sobre los ojos, y creí oír a mamá (o a la abuela):

—Pero ¡péinate, Claire Marie!

Pregunté:

—¿Estás sola? ¿Vengo en mal momento?

—En absoluto. Estaba leyendo —me dijo mi hermana— y creo que me he quedado dormida. No es mal momento en absoluto. Qué raro verte por aquí. Me das una alegría. Menuda sorpresa. ¡Sobre todo en domingo! —Dejó escapar una risita—. ¿No habéis salido a pasear? Los domingos, todo el mundo sale de paseo. Sobre todo porque el buen tiempo no durará mucho más. La casa está desordenada. No te fijas en el sótano. ¡Está todo hecho un desastre!

Salía música de una habitación.

—Mélanie está con el piano, ensayando para una prueba. Y Christian en la clínica, de guardia; le tocaba hoy. Creo que volverá tarde. Vamos a sentarnos en el jardín.

Me señaló la tierra seca bajo los rosales.

—No tendría que haberme dormido; había que regar; es que acabamos de volver de las vacaciones, sabes, y el jardín deja mucho que desear. El domingo está casi liquidado, y yo no he hecho nada. Horrible. Pronto habrá que recoger las hojas. Como no ha llovido nada, empezarán a caer pronto, y en cuanto caen, se acumulan. Quédate aquí, voy a buscar algo de beber y a decirle a Mélanie que estás aquí.

Se metió en la casa haciendo un ademán exagerado que significaba: las cosas se acumulan. Las hojas se acumulan. Como si fuese impotente ante aquellos cúmulos enormes.

Oía el piano de mi sobrina por la ventana. Su dormitorio estaba arriba; había visto la ventana abierta; daba a un cedro que ocultaba la casa de enfrente. Por momentos, mi sobrina se interrumpía, un pasaje se le resistía, pero retomaba la pieza desde el principio, con docilidad. A través de su ventana abierta, debía de respirar el aire inmóvil, preñado de la tranquilidad de aquel inicio del otoño, de su apacible humedad. El vecino cortaba el césped; el abejorro del motor

competía con el piano; me imaginaba que de vez en cuando, mientras tocaba, mi sobrina se volvía hacia la ventana, irritada. Seguramente soñaba con ser una pianista elegante y refinada que los hombres admirasen. Tal vez estuviera enamorada de su profesor de piano. Un clásico.

Y, por desgracia, el profesor de piano diría: «Mediocre; muy pero que muy mediocre».

Así era la vida; una trataba de asumir valerosamente sus sueños o los de los demás.



Al mismo tiempo, mientras aguardaba en aquel jardín, recuperaba un sentimiento conocido, indefinible, un tanto sofocante, como un leve malestar. Ville-d'Avray queda a escasos minutos de París, pero se diría que centenares de kilómetros la separan de la capital. Ello explicaba, sin duda, que un hombre como Luc fuese incapaz de comprender el universo de mi hermana. Luc es el prototipo de parisino ocupado y activo. Tiene un montón de teorías sobre asuntos de toda índole, es adaptable, concreto, racional, a menudo irónico. Posee argumentos para todo. He intentado explicárselo muchas veces: no es el caso de Claire Marie. No es que mi hermana carezca de inteligencia. Ha leído mucho, pero de sus lecturas no ha extraído ninguna teoría. Sigue siendo despistada, soñadora, pasiva. Estoy convencida de que Ville-d'Avray, sus calles tranquilas y retiradas, sus casas enclavadas en sus jardines, entregadas al paso de las estaciones cual si se entregasen al tiempo sin defensa, han incrementado aún más su desfase con la realidad. Tiene una panoplia de reflejos anticuados: cada vez que la invito a mi casa, «se arregla», estoy segura de que se prueba varios vestidos frente al ropero, vacila, como hacía mamá, le pregunta a Christian, que la espera y le mete prisa, como mamá a papá: «¿Seguro que me queda bien? ¿No es más bonito el vestidito azul?». Entonces, saca «el vestidito azul»; dice: «Me lo pruebo en un pispás y me dices»; se cambia de nuevo; se lamenta: «No tengo nada que ponerme, no voy a ir bien»; tiene miedo de no ir «bien», pero ¿por qué?, me pregunto; padece una indecisión enfermiza. Resultado: siempre llega tarde y mal peinada pero compuesta «como un jarrón de flores» (expresión que Luc le aplica). La mayoría de nuestros amigos, universitarios parisinos, se presenta en vaqueros, una manifestación de su actitud crítica, de su posicionamiento libre en la vida; la señal de que se han liberado de lo fastidioso, lo burgués, lo ceremonial de las apariencias. Sería más acertado decir que en ellos adopta formas más sutiles, ocultas en detalles casi invisibles de sus prendas sobrias, bien cortadas, casi siempre negras, que responden a códigos selectivos, nacidas en el centro de París, fluctuantes como la moda, y que mi hermana no posee, *porque vive en Ville-d'Avray*.

—¿Qué te ha parecido el vestido de Claire Marie? —me pregunta Luc por la noche cuando nos retiramos al dormitorio, con aire crítico—. ¿Dónde se comprará esas cosas?

En nuestra casa, mi hermana no parece más a gusto que una lechuza fuera de su bosque; va de grupito en grupito, estrecha cortésmente la mano a nuestros amigos, escucha, no manifiesta nada, raras veces participa en la conversación, y creo que lo que se dice la deja indiferente.

De vez en cuando, un invitado se fija en ella y me pregunta:

—¿Quién es la mujer alta y delgada, la de rojo, que estaba en tu casa el otro día?

Y yo digo: mi hermana. Mi hermana mayor.

—No se prodiga mucho.

Entonces digo: Vive en Ville-d'Avray. Lo que no es una explicación.

—Tiene algo —me señaló, cierto día, nuestro amigo Adrien, que presume de psicología y de éxito en las relaciones amorosas—. Se parece a Faye Dunaway. El tío alto moreno ¿es su marido?

—Una actriz vieja que ya sentó cabeza —comentó Luc cuando se lo conté—. Ya conoces a Adrien; es un embaucador.

Para ser sincera, creo poder afirmar que el malestar impreciso que experimentaba aquel día mientras esperaba en el jardín lo he sentido a menudo cuando nos invitan a Ville-d'Avray, en primavera, para comer el domingo. En esos casos, Claire Marie me llama por teléfono: Venid a disfrutar del jardín, comeremos al aire libre. Haremos una barbacoa.

Se imagina que, como todos los parisinos, adolecemos de falta de aire puro y naturaleza. Se equivoca: a Luc le gusta el ambiente de los bulevares, los cafés del Barrio Latino, no sufre lo más mínimo.

Esos días en casa de mi hermana empiezan bien pero terminan con el mismo sentimiento de malestar, de leve extrañeza. Sin embargo, el almuerzo es agradable. Hace bueno. Ponen la mesa con servilletas de papel. Me reúno con Claire Marie en la cocina, la ayudo a preparar el aperitivo mientras Luc y Christian (nosotras los llamamos «los hombres») se quedan a la sombra bajo el gran cedro del jardín. Nos decimos, mi hermana y yo: están relajados, están tranquilos, están «entre ellos». Fingimos creer que conversan, aunque no conversan en absoluto. Luc se aburre. Dice, después, que Ville-d'Avray lo deprime. Christian asa cortes de buey en la barbacoa. La barbacoa está al final del jardín, y nosotros lo observamos pinchar la carne y darle la vuelta en la parrilla con un tenedor grande, entre una humareda grasienta. Desde lejos, nos pregunta: ¿Hecha o en su punto?

Poco a poco, a medida que avanza la tarde, se apodera de nosotros cierta inquietud, sin motivo aparente. El polen se deposita en las tazas de café. El viento echa a volar por la hierba las servilletas de papel. Luc me propina pataditas bajo la mesa para que dé la señal de que nos vamos. En el coche, de vuelta, conduce mirando al frente, sin mediar palabra, con aire sombrío, lo que no es buena señal. Hasta que suelta: ¡De verdad, si yo tuviera que vivir en Ville-d'Avray todo el año, me suicidaría!

Yo no respondo. Creo entender lo que quiere decir, o más bien lo que rehúye cuando conduce a toda velocidad: esos jardines alineados con su número, esas vidas numeradas que se prolongan, una vez montada la casa, en el silencio recogido de su jardín hasta la llegada del pequeño contratiempo, inevitable al fin y al cabo: el día en que el médico anunciará «resultados malos», en que el médico dirá: convendría hacer unos análisis; cuando, de repente, el tiempo que proseguía su lento discurrir —acompañado por la floración de los lilos (hay uno en el jardín de mi hermana), el abandono un tanto lúgubre de los días de verano en los que todo el mundo está de vacaciones, la recogida de las hojas caídas, el llenado de la caldera, el mantenimiento del césped inglés, raso y suave como felpa—, todo ello parezca caer en el vacío al que está adosado.

Durante esas tardes, con mucha frecuencia, he observado a mi hermana con disimulo, preguntándome si ella experimentaba lo mismo que nosotros. No parece infeliz. Pero, con ella,

nunca se sabe. Al despedirme, siempre le digo: Ha sido una delicia; ¡qué agradable es tu jardín! ¡Qué suerte tenéis! Pero algo me dice que mi hermana no se deja engañar. Ella misma afirma cada vez que se marcha de mi casa: «¡Qué simpáticos son tus amigos!». Me doy perfecta cuenta de que no lo piensa de veras.

Recuerdo incluso una conversación que mantuvimos hace años. Claire Marie se volvió hacia mí bruscamente y me preguntó con su estilo directo, un tanto cándido:

—¿Tú también sueñas a veces con otra cosa?

—¿A qué te refieres con otra cosa?

—No sé —había suspirado mi hermana—. ¿Te satisface tu vida?

Yo había dicho:

—Sí. ¿Por qué? Todo va bien.

Era mentira, debo reconocerlo; lo percibí en el instante en que formulé aquellas palabras; he de admitir que mi relación con mi hermana es mucho más ambigua de lo que aparenta. Su pregunta había hecho aflorar en un rincón secreto de mi mente (o de mi corazón) el antiguo sueño impreciso y apasionado, las imágenes jamás olvidadas de un romanticismo de brocha gorda: el cartón piedra del castillo, las llamas del incendio, el drama, las volutas de bruma artificial entre las que debía surgir «Orson Welles», el jinete, el hombre ideal, ¡el «señor» atormentado!

Era un resabio de la infancia y yo lo sabía. Nuestra vida con Rochester, la de mi hermana y la mía, no es aceptable para nadie; nuestra infancia no es aceptable para nadie. Nos estorba. Pero no conseguimos deshacernos de ella. Nos exilia. He procurado disimularla, procuro sortearla. Procuro mostrarme liberada y moderna (hay que reconocer que, dado el peso de nuestra educación, la de mi hermana y la mía, es difícil). He procurado adaptarme con todas mis fuerzas.

Por eso me sentó mal la pregunta de mi hermana. Es lo más irritante de ella. Te descoloca. Tanto me había trastornado aquella conversación que saqué el asunto a colación esa misma noche:

—¿Sabes lo que me ha preguntado Claire Marie? —le dije a Luc con tono desenvuelto—. Si no sueño con otra cosa, si mi vida *me satisface*.

Estaba en la cama. Pintándome las uñas. Luc estaba en el cuarto de baño; no podía ver su reacción. No hubo respuesta, de modo que, sentada en la cama, esperando que se secara el esmalte, con los dedos de los pies separados, considerando los diez pequeños rectángulos coloreados con el rojo que había escogido expresamente en Sephora (el «rojo pasión»), me pregunté si me habría oído. O tal vez estuviera lavándose los dientes. El agua corría en el lavabo. No me gusta oír el agua correr. Tengo la sensación de que el tiempo pasa, de que los recursos del planeta se agotan. Tengo la sensación de estar perdiendo algo.

Grité: ¿No puedes cerrar el grifo? ¿Me oyes? Y repetí: ¿Qué opinas?

Apenas si me atrevo a decir qué respuesta esperaba. Me avergüenza. Esperaba que al pasillo del baño lo sustituyera el páramo agitado por el viento. Esperaba que surgiera un jinete, que me agarrara, que me estrechara contra él *como un pajarillo aterrorizado*. Esperaba que me dijera: «Jane, a veces me parece como si tuviera una cuerda debajo de las costillas unida de forma

ineludible a otra en el mismo punto de su pecho. Y si esa cuerda se rompe, Jane, presiento que empezaré a sangrar».

—¿Qué quieres? —me había dicho Luc, saliendo al pasillo, en pijama bajo la luz eléctrica, con el cepillo de dientes en la mano—. ¡Ya sabes cómo es tu hermana! Puro Ville-d'Avray.

En todo eso pensaba aquel día, recostada en la tumbona. Me encontraba frente a la casa de mi hermana y me pregunté, por un breve instante, si cuando encendiera la lámpara de exterior un enjambre de mosquitos pequeños se pegaría al muro, como ocurría en otros tiempos, en las noches de verano, durante nuestras vacaciones en Fromentine. Me preguntaba si las aves, negras cornejas, se pondrían a sobrevolar en círculos el tejado, atraídas por la oscuridad.

La fachada estaba partida en dos, negra por abajo —la sombra había alcanzado el suelo de la primera planta— pero aún alumbrada por el día en su parte superior. Lo alto del cielo estaba cargado de un amarillo dorado, muy luminoso, como el que ilumina a veces el mar.

Pensé en el mar y me entraron ganas de irme.

Un televisor se encendió en la ventana de la casa de enfrente, una vivienda un poco en diagonal con respecto a la carretera, y luego otra luz en una cocina, creo; se distinguían armarios. Tuve la sensación de que las luces de aquellas casas acorralaban la noche en la carretera a la vez que el cielo —el anchuroso cielo de las afueras— seguía siendo claro.

Las tuyas que rodean el jardín de mi hermana perdieron su sombra; quedaron reducidas a su sola proporción.

El calor de los últimos coletazos de la temporada debía de haber atraído a mucha gente a los parques abiertos al público; los vigilantes estarían empezando a tocar el silbato para congregarse a los visitantes. Cierran tarde porque todavía está vigente el horario de verano. Ahora, disponen de coches eléctricos que les permiten dar caza a los paseantes demasiado alejados, los que remolonean por los senderos laterales con la esperanza de poder escapar a la norma. Pensé en las multitudes que en aquel preciso momento salían de los parques y los jardines públicos. Acaso la mayoría de la gente se demore las tardes de domingo por miedo a ver concluida la jornada, por miedo a desencadenar dentro de sí una tristeza antigua; acaso esa tristeza la compartamos todos, esa tristeza que se intuye cuando las cosas cierran, cuando se terminan. Me decía que se trataba de una vieja reminiscencia, profundamente humana, el recuerdo, grabado en nosotros, de la inquietud atroz que debió de despuntar en el corazón de Eva cuando el Ángel le mostró la puerta del Paraíso, y sobre todo cuando comprendió que aquello sería definitivo.

Claire Marie volvió con zumo de frutas y unos vasos.

El cortacésped se detuvo.

Del seto que separa su casa de la de los vecinos ascendía un embriagador aroma a hierba recién cortada; el vecino debía de haber esparcido la bolsa de hierba bajo el seto antes de guardar los bártulos. Se había puesto a regar; el agua goteaba de las hojas; unos adolescentes pasaron patinando por la acera.

Mi sobrina tocó otra vez la misma pieza.

Mi hermana dijo:

—Schumann, el *Carnaval*; es lo que está practicando. Cuando Mélanie se vaya, no sé qué vamos a hacer con el piano. Yo no toco, Christian tampoco. Toda la planta estará más o menos condenada.

Sugerí:

—Podrías aprender a tocar tú también. ¿Nunca te has planteado hacer música?

—Sí —reconoció—, alguna vez lo he pensado.

—Tiempo tienes. Podrías aprender. Si te pones ya, seguro que consigues tocar dos o tres piezas; me parece que bastan unas pocas clases para poder tocar *Para Elisa*.

Me adelantaba mucho. Añadí:

—Todo es posible.

—¿Tú crees? —replicó mi hermana, pensativa—. Me habría gustado, me habría gustado mucho.

Veía que la idea le agradaba; seguí insistiendo: Claro que sí, todo es posible, nunca es tarde (aunque, en el fondo, no me creyera ni una palabra). Pero era así, cuanto más me empantanaba en el torpor de aquella tarde declinante, más insistía: ¡Inténtalo, por lo menos! ¡No pierdes nada!

De pronto, Mélanie se alzó entre nosotras. Se plantó delante de su madre, se había cambiado y maquillado; anunció que iba a salir.

—¿Con quién? —quiso saber mi hermana—. ¿Con Clément?

—Vamos al cine. Una peli que le apetece a Clément. Vamos al centro. La sesión es a las ocho. En cuanto acabe, vuelvo, te lo prometo.

Mélanie se marchó dedicándonos un «¡Hasta luego!»; cerró la cancela, se alejó por la acera. No hacía ruido, se había soltado el pelo y llevaba unas manoleínas que le conferían andares de bailarina.

Pregunté:

—¿Qué hora es?

—Anda, no te vayas todavía —dijo mi hermana—. ¡Es domingo, mujer! ¡Tienes tiempo! Mira qué bien se está. Nunca vienes a vernos. Vienes muy poco. Es por Luc, lo sé.

No contesté. Se hizo un silencio tenso, como cada vez que hablamos de Luc, y ella continuó:

—Hace un momento, antes de que llegaras, antes de que Mélanie se pusiera a tocar el piano, no estaba leyendo, me había puesto a arreglar la casa. Había encendido la radio y estaba doblando ropa. Quería ordenar a la vuelta de las vacaciones. Tirar lo que ya no sirve. Pero, haga lo que haga, impera el desorden. Me he puesto sobre las tres y el tiempo se me ha pasado volando. Mélanie ha llamado a Clément. Han estado un buen rato al teléfono. Todo estaba tranquilo en casa, no había nadie por la calle, una tranquilidad de tarde de domingo. Por la radio ponían éxitos antiguos; ha sonado «L'Été indien». ¿Te acuerdas?

Yo me puse a tararear:

On ira

Où tu voudras quand tu voudras

Et on s'aimera encore

—De hecho —murmuró mi hermana sin mirarme—, me he acordado de una persona. Conocí a alguien, hace años, ¿nunca te lo he contado? Me pasó algo.

¡Que conoció a alguien!

Aquellas palabras cayeron de un modo extraño con la oscuridad. Dejé de tararear en seco. Me acordé de la fórmula de mamá: «Ve a ver qué anda tramando tu hermana».

En realidad, en ciertos aspectos, Claire Marie me recuerda a esos patos que parecen deslizarse por el agua (un deslizamiento de objetos inmóviles) pero cuyas patas se agitan bajo la superficie a toda velocidad. Tienen algo de trampantojo.

—Una historia muy curiosa —prosiguió mi hermana—, la verdad. No entendía lo que me pasaba. Nunca me he entendido a mí misma.

Me lanzó una ojeada, y luego se volvió hacia el cedro que ocupa el centro de su jardín. La noche se adensaba. Las líneas del tronco destacaban aún contra el fondo de vegetación, pero ya no se apreciaban los detalles de las ramas,

(los árboles en la noche).

—Fíjate —dijo Claire Marie— que, en esta clase de historias, nunca hay nada que entender. Y no tienen mucho interés.



En un primer momento, no reaccioné. Me decía que, si le insistía, Claire Marie no hablaría más; la conocía: se levantaría, haciendo algún comentario anodino, iría a encender el farol y los mosquitos empezarán a ascender distraídamente hacia el haz luminoso como en otros tiempos, en Fromentine, por el calor, la sombra, la hierba recién regada; nos quedaríamos mirándonos en silencio; la ocasión pasaría, una vez más. La ocasión de saber a qué atenerme con mi hermana.

Pero no se levantó. No encendió la luz. Parecía perdida en su ensoñación, con los ojos fijos aún en el árbol.

Pensé que nuestros recuerdos eran como él, que tenían un tronco sólido y oculto en la sombra. De noche, cuando te asomas y contemplas el jardín, parece que esté todo negro, pero no es así. En el corazón de la oscuridad, se yerguen esos troncos sólidos. Y si caminaras a oscuras sin prestar atención, te darías un cabezazo y te saldría un moratón terrible en la frente.

Pregunté:

—¿Alguien con quien todavía te ves?

—¡No, no, por supuesto que no! Aquello acabó hace mucho. Simplemente, como te decía, me ha venido a la memoria. Los domingos, algunas cosas se te vienen más a la memoria, ¿no te parece?

Levantó los brazos demasiado delgados, los codos huesudos; se echó el pelo hacia atrás, tratando de arreglárselo; dijo: Los domingos, una piensa en la vida.

Sin embargo, su historia arrancaba de la manera más banal. Había trabajado de secretaria cierta tarde en la clínica. Aquel día, en la sala de espera, un paciente le había llamado la atención. ¿Era porque parecía más callado que los demás? O tal vez porque era raro ver hombres a aquellas horas, en plena tarde, en medio de la pequeña comunidad provisional constituida por ancianos, niños y madres de familia que llenan las consultas.

En la sala de espera reinaba cierta agitación, como siempre. Las mujeres, mientras se sentaban, quitaban los anoraks a los niños, los liberaban de los pasamontañas para despejarles la cara, los sonaban, les sacaban unas galletas, les hablaban a media voz, les contaban cuentos. O bien pasaban las páginas de las revistas, como en la peluquería, daban vueltas, preguntaban por el aseo, que mi hermana les señalaba con un ademán discreto y una sonrisa.

El hombre no se movía. Había en él algo macizo, silencioso, casi austero. Tenía el pelo oscuro, lacio, bastante largo, echado hacia atrás, y estaba perfectamente inmóvil, con las manos sobre las rodillas. Una sola vez, se levantó, se acercó al mostrador para cerciorarse de la hora de su cita.

—No tardará mucho —le dijo Claire Marie—. El médico lleva un poco de demora.

Él se limitó a agachar la cabeza, volvió a sentarse. Por momentos (ella se daba cuenta), la miraba.

Christian abrió la puerta. Mi hermana consultó el registro, llamó:

—¿Señor Hermann?

El hombre se levantó, dio las gracias. Cuando hubo entrado en la consulta, ella comprobó el nombre en el registro: Marc Hermann, 16.30.

Cuando salió para abonar la visita, se quedó parado un momento delante del mostrador, sacó sus tarjetas, pagó en metálico, intercambiaron otra mirada, le preguntó con un acento que ella no supo identificar:

—¿Es usted la secretaria?

—No —dijo ella—, la estoy sustituyendo. Soy la mujer del médico.

Hacía muy buena tarde cuando salió de la clínica. Christian tenía varias visitas a domicilio. La vegetación de los jardines desprendía un olor húmedo.

—Corría el mes de septiembre —me dijo—, más o menos como ahora, poco después.

Mélanie había llevado varias amiguitas a casa. El salón estaba lleno de chiquillas que jugaban con sus Barbies.

—Estaban en esa edad —precisó mi hermana—, cinco o seis años; es curioso, revivo con claridad aquella tarde, vuelvo a verme entrando en casa, y a todas esas niñas en cuclillas y manipulando a sus muñecas; me senté en la cocina; las escuchaba jugar «a las señoras». Luego, me pidieron ver los dibujos animados; les encantaba un gato que peleaba con un pájaro o un ratón. No recuerdo cómo se llama el gato, tú sabes cuál es... Creo que existía ya en nuestros tiempos. ¿Nosotras no veíamos también a un gato que brincaba sobre las patas traseras, elástico

como un chicle, que andaba siempre persiguiendo al mismo pajarito o al mismo ratón, y terminaba maniatado con su propia cola o pillándose una pata con una puerta?

Yo señalé:

—Gatos hay en la mayoría de dibujos animados.

—Eso es verdad —reconoció mi hermana.

Bebí varios tragos; pensaba, yo también, en la presencia de unas niñas dentro de una casa, con sus leotardos de lana que pica, sus melenas revueltas, su manera de sentarse de rodillas en una silla contra el radiador, de quedarse así durante horas, con la nariz pegada a los cristales sin que se sepa muy bien lo que esperan, lo que observan. Con su gusto por los gatos de dibujos animados que les hacen reír porque se identifican de manera natural con los ratones, más débiles, pero diez veces más astutos:

*(¡no me vas a a-tra-par!
¡no me vas a a-tra-par!)*

Mi hermana continuó:

—Cuando acosté a Mélanie aquella noche, después de que Christian volviera, me pidió que le contara *La Sirenita*.

»Hacía mucho calor en el cuarto, no tenía cuerpo para cuentos. Recuerdo que Mélanie tenía las mejillas húmedas. Se restregaba contra la nariz y la barbilla un pañuelo de franela de flores que yo había hecho con un camisón viejo.

»Recuerdo que cuando dije: *Al final, la sirenita regresa a jugar con sus hermanas en el inmenso Reino de las Aguas*, cuando pronuncié la palabra “reino”, vi la imagen del mar en verano bajo el sol del amanecer. Tuve ganas de irme.

»Duró apenas un instante porque después de darle un beso a Mélanie, mientras cerraba la puerta, me dije que le estaba mintiendo, que la Sirenita muere. Qué ideas, me dije, les meten en la cabeza. ¡Son solo niños! ¡Cuántas heridas! ¡Cuántos cuchillos! Hasta los cuentos son demasiado complicados. Todo es demasiado complicado.

Un mes más tarde, más o menos, mientras volvía de hacer unas compras, un coche se detuvo a la altura de Claire Marie. El conductor bajó la ventanilla y, cuando ella se inclinó, sorprendida, identificó al hombre que había visto una vez en la clínica; reconoció el leve acento que él corregía mediante una articulación esmerada. Sonreía.

—Nos conocemos, creo. Es usted la mujer del médico, ¿verdad? ¿Quiere que la lleve a algún sitio? Va cargada.

—¿Qué habrías hecho tú en mi lugar? —preguntó mi hermana.

Reflexioné; dije:

—Yo no estaba en tu lugar, pero lo cierto es que es mucha casualidad. En cualquier caso, si ibas cargada, fue un gesto muy amable por su parte, y muy comprensible. Además, era paciente de tu marido.

—Hice el mismo razonamiento —convino mi hermana—. Acepté.

Me costaba distinguir sus facciones. A nuestro alrededor, en el jardín, los árboles y el seto estaban grises, como modelados a partir de la pasta densa del crepúsculo. Solo había un agujero negro en el hueco de las ventanas del primer piso (Mélanie había dejado abierta la suya al marcharse). A partir de aquel momento, mi hermana habló como si se hubiese olvidado de mí, sin pausas, sin mirarme, con una voz monocorde. La farola frente a su casa proyectaba una luz fija que alargaba nuestras sombras sobre el césped; yo percibía ruidos plácidos a los que no estaba acostumbrada, porque los jardines vacíos, cerrados por tapias y setos bien cuidados, poseían una gran sonoridad: en ellos se oía el rastro discreto y bien educado de las vidas, su impronta sensible, el deslizamiento de los neumáticos sobre la gravilla de un camino cuando un coche trasponía un portón, puertas que se cerraban aquí o allá, llamadas, el rumor de televisores encendidos. Naturalmente, uno sabía algunas cosas de sus vecinos: las vacaciones, los estudios de los hijos. Claire Marie me había dicho que un pintor bastante conocido vivía en el barrio; me había mostrado su casa, las cristaleras de un gran taller justo por encima de las copas de los árboles, pero eso era todo. Cada hogar encerraba su misterio. Por las noches, aparecían bustos en las ventanas de las cocinas; unas manos corrían un visillo o bajaban un estor de manivela, y los puntos de referencia desaparecían; el cuadrado de luz de una ventana se transformaba en noche.

Yo pensaba en los cierres de seguridad, en los interfonos con sistema de vigilancia, en las cámaras que permitían vigilar la calle, ver quién tocaba el timbre de la cancela, limitar los imprevistos. Pero no se puede suprimir todo, todos los azares, todas las posibilidades.

Aquella tarde, que ella me relataba con su voz monótona y grave, nadie había advertido nada, nadie había reparado en el coche que permaneció estacionado apenas dos o tres minutos en paralelo a la acera (lo que tardó el hombre en bajar la ventanilla, lo que tardó mi hermana en decidirse) antes de confundirse en la circulación fluida y moderada de la avenida. Siempre hay albur en el espacio y el tiempo. Ángulos muertos.



El coche no era reciente; la radio estaba sintonizada en una emisora musical. El hombre circuló durante un momento sin decir nada, luego apagó la radio y se volvió hacia Claire Marie:

—¿La invito a tomar una copa? No la voy a llevar tan pronto.

En el café donde se sentaron, tras las banalidades de rigor acerca del tiempo y Ville-d'Avray, el hombre se presentó: trabajaba en el sector de la importación-exportación; su empresa comerciaba sobre todo con Latinoamérica.

—¿Qué exporta? —preguntó ella, por cortesía.

—Material especializado para industria. No la voy a aburrir con los detalles.

El café estaba muy iluminado. Claire Marie se encontraba frente a él por segunda vez y lo veía a la luz; comprendía lo que la había impactado: el hombre tenía la frente ancha, mechones más grises de lo que recordaba; ya no era ningún muchacho, a pesar del porte seguro; identificó incluso un deje de fatiga; se apartaba el pelo de la cara deslizándolo por los mechones; tenía los pómulos altos, los ojos oscuros. ¿Alemán? ¿Argentino? El apellido era germánico, pero ¿acaso tras la guerra no habían emigrado y echado raíces en Sudamérica muchos alemanes? La mano que había posado sobre la mesa, con la que sostenía el tallo de su copa de vino, era corta, potente, casi gruesa. Claire Marie trataba de interpretar su acento.

Él la observaba detenidamente, sin apartar la mirada en ningún momento.

Le hablaba de los puertos, las estaciones que había frecuentado en Latinoamérica, y en otros lugares, en su «otra vida». Allí era donde había empezado; trenes que circulaban por zonas montañosas; decía haber tenido la sensación de que nunca llegaría a ninguna parte, que fue una aventura y que había dado «muchos tumbos» antes de prosperar.

—Estuve a punto de matarme varias veces —le dijo—, en mi otra vida; tenemos varias vidas, ¿sabe usted? Pero los negocios, allá lejos, se hacían rápidamente. En los países peligrosos, los negocios hay que hacerlos deprisa, asumiendo riesgos; yo los asumía por aquel entonces, quería prosperar; no tenía otra opción, había que salir adelante.

Sin comprender, mi hermana preguntó:

—¿Y lo consiguió?

Él no contestó, se sacó del bolsillo una cajetilla de tabaco, la interrogó con la mirada, desistió, puso la mano gruesa sobre el paquete, le sonrió y dijo, con su articulación cautelosa:

—Al menos una cosa he conseguido; en el pasado salí de Hungría. Soy húngaro, de Budapest.

Había abandonado su país siendo joven por culpa de la represión, del comunismo. Del horizonte cegado. De los alambres de espino en la frontera, de las atalayas. Explicó:

—Pasé en 1980. Era arriesgado. A algunos les disparaban cuando los detectaban. Algunos se quedaron en el camino. Otros lo conseguían. Yo lo conseguí. Asumí el riesgo. Algún día —le dijo— se lo contaré. Tenía poco que perder. Mi padre formaba parte de los opositores; lo liquidaron en el periodo de represión de 1956, cuando yo tenía ocho años. Mi madre y mi hermano se quedaron en el lado comunista. Yo fui el único que se fue. Escogí el extranjero. El exilio.

Mi hermana hizo un leve asentimiento con la cabeza porque aquellas palabras (la represión de 1956, el comunismo) revestían conceptos vagos para ella; palabras ligadas a nuestra niñez, a imágenes de documentos de archivo que no parecían hablar del mundo real sino de un pasado en blanco y negro —el de las películas— y que, por ello, se antojaban tan remotas como la guerra. Como esas otras palabras: la «guerra fría», el «bloque soviético». Recordó: Hungría formaba parte del «bloque soviético». Daba la sensación de que fuera una especie de bloque compacto, macizo como un edificio, cuando en realidad abarcaba un territorio inmenso sombreado en los mapas, los «países del Este», los del otro lado del «telón de acero». Recordó haber visto documentales sobre aquellas revoluciones a las que habían puesto nombres extraños: la «revolución de terciopelo»; pensó: «la primavera de Praga»; vio de nuevo imágenes de manifestaciones, de multitudes apiñadas que avanzaban por las calles frente a los tanques, hombres que enarbolaban pancartas. ¿Tenían todos ellos, como Marc Hermann, un rostro enérgico, el mentón partido por un hoyuelo, una imperceptible sonrisa algo burlona?

—La estoy aburriendo —dijo— al contarle todo esto.

—En absoluto —replicó mi hermana.

Él añadió:

—Me casé en Francia. Mi mujer es francesa.

Mi hermana, incómoda, agachó la cabeza.

Él seguía sonriendo sin dejar de mirarla, y echándose hacia atrás los mechones lacios.

—¿Cómo consiguió pasar? —le preguntó ella—. Me refiero por aquel entonces, la frontera.

—Como todos los que lo hacían. Ya se había relajado un poco la cosa en la época de la que le hablo. Se podía viajar un poco, pero había que entregar el pasaporte. Yo opté por cruzar clandestinamente. De noche, cuando los vigilantes están cansados, antes del amanecer. Pasado el invierno. No es muy original. Lo peor son los perros en los pueblos; te huelen y cuando empiezan a ladrar ya no paran. ¿Le apetece algo más? Yo me tomaría otro vino.

Ella rehusó, le dio las gracias:

—Tengo que volver a casa.

—¿La llevo, entonces?

Volviéron a su coche andando, sin dejar de charlar, dieron un rodeo, aparecieron en las inmediaciones de la estación de Chaville, dando un agradable paseo por las calles.

—Déjeme aquí —dijo mi hermana de repente—; es mucho más fácil. No se moleste, es tarde; solo es una parada. Cogeré el tren.

Pero Marc Hermann no parecía tener prisa. Protestó:

—Pero ¿por qué? No tan pronto.

Ella se quedó. No sabía muy bien cómo despedirse. ¿Debía darle la mano?

Se había hecho de noche. Él había encendido un cigarrillo y caminaba muy cerca de ella en la oscuridad, a su izquierda; más cerca de lo necesario. Ella se apartó, pero él se arrimaba; Claire Marie se percató de que sus andares eran arrastrados, como si deslizaran los zapatos a ras de suelo. Él dijo:

—Su marido me aconsejó que dejara de fumar, pero no seguiré su consejo; ni ese, ni el otro que tal vez me daría. Me ha alegrado mucho esta oportunidad de volverla a ver, ¿sabe?

Ella no contestó.

En el andén donde accedió a dejarla, pero al que la acompañó, Hermann la escudriñó un momento en la oscuridad:

—La dejo aquí, no quiero molestar a «la mujer del médico». Adelante. Va a perder el tren.

Le ofreció su tarjeta:

—Por si quisiera contactar conmigo algún día. Contactar personalmente. Tal vez le apetezca, nunca se sabe. Es mi línea directa, la de la oficina; la de mi empresa. Llámeme. No lo dude.

Ella cogió la tarjeta, subió al tren, y, mientras el tren se alejaba, vio cómo se alejaba él también con su paso escurridizo, se sonrió en silencio a sí misma, frente a su reflejo.



En casa, mi hermana relejó muchas veces la tarjeta: *Marc Hermann – Importación-Exportación*. Había un número de teléfono y una dirección de Versalles. Dudó si anotarla en su agenda, y finalmente dejó la tarjeta en el bolsillo de su impermeable, en el ropero.

—No sé si te acuerdas —le dijo a Christian— de un paciente que tuviste el día que estuve en recepción, hace unas semanas. Un hombre que se apellidaba Hermann.

—Puede ser —respondió Christian—. ¿Por qué?

—No lo sé. Por nada. Me he acordado del apellido. Es un apellido extranjero.

—Pasa tanta gente por la clínica. ¿Cómo quieres que lo recuerde?

Claire Marie quiso preguntarle: ¿Qué tenía? Pero era inútil.

En los días sucesivos, pensó varias veces en Marc Hermann.

Después pensó menos en él.

Un otoño húmedo se afianzaba. Hay que saber cómo es el otoño en Ville-d'Avray. Octubre. Noviembre. En los centenares de jardines colindantes que se superponen en las colinas, las plantas se aherrumbraban, los árboles perdían las hojas. La lluvia arrancaba de buena mañana, se interrumpía a mediodía y se reanudaba a última hora de la tarde. El barrio parecía muerto, los jardines eternamente ensombrecidos por los chaparrones, los tejados de pizarra resplandecían, las hojas empapadas maceraban en montones. En cuanto anochecía, el asfalto mojado reflejaba amplias coronas de hojas amarillas. El mismo paisaje se reproducía, se extendía de calle en calle. La gente salía menos.

A menudo, cuando mi hermana iba a pasear a Saint-Cloud (su paseo habitual), se encontraba sola por los senderos del parque. Caminaba deprisa, con las manos en los bolsillos. Sus botines pisaban las hojas grandes y húmedas todavía rojas, resbaladizas, recién caídas, que recubrían las capas más viejas y descompuestas, algunas de las cuales databan del invierno anterior. Los árboles resistían mejor en el parque, porque eran plantaciones antiguas. El escarlata acharolado, el amarillo botón de oro, el rojizo radiante de ciertas variedades —exactamente el mismo que el de los pies de crisantemos que se colocan en jarrones en los cementerios o para decorar cruces— formaban manchas de una luz espléndida cuando caía la oscuridad.

Cuando regresaba de sus paseos y bordeaba las hileras de casas, un perro ladraba, invisible tras una cerca, o en un garaje. Gañía despacio, con una violencia rabiosa. Debía de corretear junto a la puerta corredera, intentando dar con una salida. Alguna vez se acordó de lo que le había contado Marc Hermann: los perros en los pueblos de la frontera húngara, del lado soviético. Había consultado libros. Había buscado nombres de ciudades. Había leído que los guardias fronterizos disparaban a quienes trataban de cruzar. ¿Le habrían disparado a él? Le había hablado de una vida peligrosa. Las líneas de frontera estaban electrificadas. La llanura quedaba a campo abierto.

Había quienes, una vez detectados, echaban a correr a la desesperada, sin detenerse ante las advertencias, mientras los guardias los apuntaban. Él le había dicho que había pasado antes del amanecer.

Imaginaba que la frontera hendía bosques, grandes praderas de campo triste, permanentemente heladas en invierno, poblaciones silenciosas, aletargadas; pensó en ladridos de perros hostiles y encerrados.

Iba a buscar a Mélanie.

Al salir de la escuela, los niños se perseguían dando brincos por las aceras. Cuanto más declinaba el día, más parecía la luz irradiar de las hojas; se encendía en el interior de las farolas, se tornaba muy amarilla, se diluía alrededor de los faroles en la sombra mojada y oscura.

Cada vez con más frecuencia, Claire Marie se acercaba a la ventana sin pensar y miraba hacia fuera, como de pequeña. Durante toda la noche (él se lo había contado), en la frontera, el telón de alambres de púas y atalayas quedaba alumbrado por focos; lo que veía ella, al

contemplar su calle, eran aquellos círculos luminosos y las bolsas de oscuridad que observaban aquellos que en otros tiempos habían deseado desesperadamente marcharse, cambiar de vida.

—Tienes mala cara —le comentó Christian—; te voy a recetar unas vitaminas.

Lo que no le dijo a Christian (pero sí me confesó a mí, en su relato) es que un día en que paseaba por Saint-Cloud, como tenía por costumbre, le dio la sensación de que alguien la seguía. El sendero que había tomado bordeaba un amplio tramo de césped rectangular, de esos donde, en primavera y verano, se permite hacer pícnic. Acababan de cambiar al horario de invierno. El parque estaba desierto, la luz era débil, crepuscular, el sentimiento precoz de la penumbra se veía intensificado por un cielo nublado y cubierto, un cielo de lluvia. Oía tras de sí un ruido de pasos regulares, espaciado por unos pocos metros. Al principio, creyó que se trataba de una ilusión, pero el rumor persistía. No se volvió, siguió hasta el final del tramo de césped, como si no se hubiera dado cuenta de nada, agarrando con firmeza el paraguas. Con alivio, identificó una pareja a su derecha, se encaminó hacia ellos, encontró unas escaleras y las enfiló, atenta al ruido a su espalda, que se hizo apenas más sonoro en los peldaños de piedra.

Lloviznaba. Reconoció, al ceñirse al sendero más bajo hacia el que bajaba la escalera, una hilera de bojés podados en forma de pequeños obeliscos. Señal de que se acercaba a una zona de parque ajardinado, cerca de una salida; había una fuente. Vislumbró varios torsos de piedra en la oscuridad, estatuas en círculo, probablemente, una especie de bosquecillo. La lluvia caía en un estanque central; una película de luces anaranjadas (procedentes de las farolas de una calle en el límite del parque) brillaba sobre el agua.

El ruido de pasos había cesado; lo había sustituido el rumor trémulo y permanente de la lluvia fina.

Se detuvo. Había varias personas alrededor del estanque. Se acercó; fue incapaz de determinar si era una de ellas, un hombre inclinado sobre el bordillo de piedra, quien la había seguido. La lluvia seguía crepitando en su paraguas, como si este fuera una pandereta. Se dijo: He debido de soñarlo.

La epidemia de gripe llegó pronto aquel año, debido al tiempo húmedo. Muchas llamadas eran transferidas a su casa; el teléfono sonaba sin cesar y, cada vez que descolgaba, mi hermana tenía que reconocer para sus adentros que esperaba vagamente algo.

Un miércoles de mediados de diciembre, Mélanie fue a casa de sus abuelos, que la habían reclamado. Christian estaba en la clínica. Ella se quedó sola.

Había empezado a hacer muy bueno, aquel tiempo frío, seco, luminoso, que acompaña las primeras heladas. El barrio olía a fogata porque los vecinos aprovechaban el tiempo seco para quemar las pilas de hojas secas.

Christian llamó justo después del almuerzo.

—La sala de espera está abarrotada, tengo faena para toda la tarde, y antes de volver a casa tengo varias visitas a domicilio.

Claire Marie adoptó un aire desenvuelto:

—No te apures, tengo cosas que hacer, voy a quitar las hojas.

Pero tal vez hubo algo en su voz que chocó a Christian, porque aún tardó un poco en colgar:

—¿Seguro que estás bien? —le preguntó—. Podríamos salir a cenar esta noche, cuando acabe. Vamos a Saint-Cloud, al Oasis, así te despejas. Dejamos a Mélanie con mi madre. Y pasamos la noche solos los dos. ¿Te apetece?

—¿Por qué no? —dijo mi hermana.

—¿Has visto que las camelias han echado brotes? —añadió Christian.

—Sí —dijo mi hermana.

Colgó, miró hacia el jardín, vio contra el muro los brotecitos verdes, duros como tomates jóvenes, y mientras miraba por la ventana, delante de las camelias al borde de la floración, se apoderó de ella una pena espantosa, una pena que le impedía moverse, que atravesaba el tiempo, que venía, le pareció, de muy lejos, de las horas vacías de la niñez, de una espera que nunca había cesado. Le cortó el aliento hasta tal punto que no podía respirar.

Se rehízo, abrió el garaje, revolvió un momento, buscando el rastrillo sin encontrarlo, se enojó, por fin lo sacó de un revoltijo de herramientas y empezó a rastrillar sin entusiasmo las últimas hojas del césped. Luego decidió llamar para ver cómo transcurría la visita de Mélanie en casa de su abuela, pero nadie contestó; la abuela debía de haberla sacado de paseo.

Volvió a dejar el auricular en su sitio, sintió de nuevo aquel vacío en el pecho y, obedeciendo a un impulso, fue hasta su ropero, buscó la tarjeta en el bolsillo de su impermeable, le dio vueltas entre los dedos durante un rato largo, se acercó otra vez al teléfono y marcó el número de Marc Hermann. La señal sonó mucho tiempo. Tuvo la sensación de que los timbrazos sonaban al fondo de larguísimos pasillos. Le temblaban los dedos. Colgó, pero el teléfono empezó a sonar en su casa.

Reconoció la voz grave de Marc Hermann:

—¿Acaba de llamar? ¿Quién es?

—La mujer del médico —balbuceó Claire Marie—, ¿se acuerda de mí? Me propuso que...

—Claro que sí. Claro que sí. No me habría atrevido a pensar que lo haría espontáneamente. Ha tenido suerte. Estuve de viaje a principios de semana. Regresé ayer. Mi avión llegó con mucho retraso. ¿Está libre ahora, por casualidad? No tengo ningún compromiso actualmente. ¿Quiere que nos veamos en algún sitio? ¿Que pase a recogerla en mi coche? Puedo acercarme a Ville-d'Avray. ¿Tiene para apuntar? Puedo ir enseguida.

Ella rehusó, pero él insistía; Marc Hermann le dio el nombre de una calle. Dijo: Tardo cinco minutos.

El coche esperaba en el cruce; él bajó para abrirle la puerta.

Llevaba un jersey negro, un abrigo oscuro.

—¿Adónde vamos? ¿Quiere que vayamos a los estanques? Es un sitio agradable.

Y encendió el motor.

Mi hermana se interrumpió:

—¿Vas mucho por los estanques?

—He ido sobre todo contigo y con Christian.

Recordé que allí terminábamos las tardes de visita. Christian, a quien no le gustaba estarse mucho rato tranquilo en el césped de su casa, proponía: ¿Un paseo hasta los estanques? ¿Os animáis? Así estiramos las piernas.

Los rodeábamos. Desde cualquier punto podíamos seguir la progresión de los demás paseantes a través de sus bustos invertidos en el agua oscura.

En realidad, conocía aquellos estanques desde hacía mucho, los conocía *antes de haberlos visto*: unos cuadros de Corot ilustraban a Nerval en nuestro manual de literatura del penúltimo año de instituto.

Prácticamente vi a mi hermana paseando con su desconocido por aquel decorado de reflejos, de árboles hermosos, de follaje salpicado de manchitas claras, como cuerpos flotantes, como si la vaguedad del sueño se interpusiera entre la imagen y la mirada (como ocurre siempre con Corot).

Prácticamente oí tras su relato los versos de «El desdichado» que figuraban a un lado de la página:

*Yo soy el Tenebroso, el Viudo, el Inconsolado
el Príncipe de Aquitania de la torre abolida [...]*

—Lo he llamado sin pensar —dijo mi hermana cuando se sentó junto a Marc Hermann, abochornada, torpe, pero parapetándose tras un tono ligero—. Por azar —mintió—. Acababa de encontrar su tarjeta en el bolsillo de mi abrigo. Era el momento. Creía de veras que la había perdido.

—En realidad, no existe el azar —dijo él con una sonrisa—; siempre podemos darle un empujón; tenemos la libertad de elegir.

Ella calló.

En cuanto se apearon del coche, él se encendió un cigarrillo. Fumaba mientras caminaba, hablaba poco, arrastrando los pies (tenía unos andares curiosos); mi hermana empezaba a arrepentirse de su gesto irreflexivo, respiraba aquel olor a tabaco al que no estaba acostumbrada.

Rodearon despacio uno de los estanques. El sol era luminoso, pero muy pálido, sin color, casi blanco. Eran las cuatro de la tarde. En algunas zonas había finas placas de escarcha en el agua fangosa y oscura que, debido al hundimiento de los troncos de los árboles, parece contener un bosque del revés. Se veía, al inclinarse, un extraño manglar nudoso de raíces y reflejos. Unos patos flotaban entre los juncos.

—La verdad es que me siento fatal —prosiguió mi hermana—. Tendrá usted trabajo. Seguro que lo he interrumpido. Pero no paraba de hacerme preguntas sobre usted. Lo que me

contó de Hungría...

Sin embargo, estaba claro que Claire Marie no podía engañarlo y que sus pretextos sonaban falsos.

Era evidente que empezaba a enredarse en aquella historia, con alguien de quien nada sabía; un húngaro de cierta edad que venía «del otro lado del telón de acero», que se otorgaba sin muchos remilgos la categoría de héroe por su evasión (a pesar de que el telón de acero había dejado de existir hacía mucho tiempo, a pesar de que el telón de acero no era más que un recuerdo). Un «empresario» que se dedicaba a la exportación a Latinoamérica, lo que podía ser una tapadera de actividades dudosas, a poco que reflexionara una. En el fondo, el primero que había aparecido. El «Tenebroso» de turno.

Puede que hiciera alusión a aquel encuentro el día que me preguntó: ¿No esperas *otra cosa* de la vida?

Intenté acordarme, ¿cuándo había ocurrido? Las fechas debían de casar. Por aquel entonces no me contó nada más. Fue por mi culpa; había desestimado su pregunta. Pero cuanto más cavilaba, más segura estaba: debió de ser justo entonces cuando se arrojó a los brazos del tal Marc Hermann so pretexto de interesarse por Hungría, por ociosidad y tedio, porque esperaba *otra cosa*, como «la abeja contra el cristal».

Él la veía venir. Mi hermana era presa fácil (aunque yo razone con palabras necias). Había bastado con mirarla de cierta manera, con hacerle una declaración muy directa: Me gusta usted, insistiendo: ¿La escandalizo? ¿La ruborizo? O bien con insinuar, con una sonrisa: «Y si probara suerte...». Había bastado con decirle: «Quizá le apetezca». No había más que ver a mi hermana, su aire ansioso pero asequible, su aire de vivir «en el páramo», ese aire que yo denomino en secreto su aire de *dama del perrito* desde que leí el cuento de Chéjov.

¡Qué bien entendía yo aquel mecanismo! Su desconcierto cuando se sintió encerrada, con la llegada de los cuarenta, en su casa de Ville-d'Avray —ella misma lo reconocía—, cuando comprendió que su vida iba «sobre raíles»: Mélanie se hacía mayor, Christian estaba absorto en sus pacientes y el funcionamiento de la clínica; la quería de una forma rutinaria, cómoda y distraída. ¿Qué le quedaba por esperar? ¿Qué podía ocurrir aún? ¿Simplemente que las horas *la hirieran*, una por una? Se me venía a la cabeza, sin saber de dónde, de lejos, de muy lejos, el viejo adagio latino que el señor Jumeau nos tradujo un día, un acertijo grabado en un reloj de sol romano: *Todas hieren, la última mata*. Nos explicó que se trataba de las horas. De niña, me había impresionado aquella imagen de laceración. Por aquel entonces, no me imaginaba que una herida pudiera ser puramente interna. O, mejor dicho, no veía el tiempo como una herida.

Me dije: Sin embargo, es verdad; sin embargo, es así; es lo que hacen; es lo que hacen las horas, al fin y al cabo, ¡y lo hacen tan deprisa!

Seguramente, Hermann había bromeado para hacerla reír: mi hermana es una mujer tirando a seria, pero, cuando se ríe, desaparece su timidez, esa reserva que algunos pueden interpretar como frialdad; primero se ríe con una suerte de incredulidad, y luego con franqueza, con una espontaneidad cándida.

Me enfurecí con aquel hombre. Porque se aprovechaba de la situación; porque no había entendido en absoluto a mi hermana.

Para él, se trataba de mera curiosidad, de ver cómo se reía, de ver cómo reaccionaría a pequeñas provocaciones fáciles una mujer tímida, una mujer realmente «soñadora», una mujer de Ville-d'Avray.



—Yo vivo al otro lado —le dijo él—, por allí. —E hizo un gesto vago hacia la masa densa de bosque—. Somos casi vecinos. A propósito, la he visto una o dos veces en Saint-Cloud con su hija. Tiene una hija, ¿no?

—¿En Saint-Cloud? —preguntó mi hermana.

—Sí, en Saint-Cloud. La he localizado. Voy de vez en cuando. Hace un tiempo iba con mi mujer.

—¿Localizado? —repitió mi hermana.

—Reconocido, si lo prefiere. Perdóneme, no domino todos los matices de su lengua. Suele pasear sola. Desde entonces —dijo con ligereza—, le seré sincero, he averiguado su domicilio; no es muy difícil —rio un poco—, *la mujer del médico*. He pasado varias veces por delante de su casa mientras paseaba, a última hora de la tarde. Es muy bonita. Supongo que las estancias en las que hacen vida dan al jardín.

Claire Marie había recogido una ramita y la partía en pedacitos mientras escuchaba con sumo interés, preocupada por las imágenes que aquello suscitaba en ella, al igual que las palabras que él había pronunciado con curiosa insistencia y una suerte de júbilo en la voz: «la mujer del médico».

—No martirice a las pobres ramitas —le dijo él—, que no le han hecho nada. ¡Qué nerviosa está! Puedo decirle incluso que durante los paseos llevaba usted un impermeable claro, beige u ocre. Se lo puso mucho a principios del otoño.

—No se imagine cosas —dijo mi hermana, atónita—. Por favor, no se imagine cosas.

—¿Por qué me ha llamado, entonces? Sé que las mujeres son ilógicas, pero aun así...

Se inclinó, le agarró las manos, las soltó para hacer caer las ramitas.

Mi hermana objetó débilmente:

—Tengo que irme, de verdad, tengo que irme. Me están esperando.

—Pero ¿por qué? ¿A qué viene tanta prisa? Por una vez. ¿Por qué no quiere quedarse conmigo?

—Mi jardín —protestó mi hermana.

—Su jardín puede esperar. Hoy la encuentro distante. Estaba mucho más espontánea en el café, el otro día. La he añorado. Al día siguiente muy temprano me marchaba; mi avión despegaba a las siete. Estuve a punto de llamarla desde el taxi. Incluso estuve a punto de llamarla desde allí. Había averiguado su número de teléfono.

—Eso sí que no —dijo mi hermana—, no, no. No hablemos más de eso. Fue absurdo.

—Absurdo, ¿por qué?

—Porque sí —dijo mi hermana, arrastrada por su culpa a un terreno pantanoso. Se calló.

—Absurdo, ¿por qué? —repitió él, más tierno esta vez, tratando de atraerla hacia él. Luego la tranquilizó—: No se enfade. No sabe cuánto me alegro de estar con usted. Aquí hay demasiada gente, ¿no le parece? Tomemos un sendero tranquilo.

Habían dado la vuelta entera. Él le hizo cruzar una carretera y la arrastró hacia el bosque de Fausses Reposes. Siendo un día entre semana, no pasaba nadie por allí, salvo algún corredor que trotaba con la vista al frente, o, por los caminos más ocultos, bajo el entramado de los árboles, un jinete indiferente ante el que se apartaron. Este les hizo un gesto de cortesía con la cabeza y se alejó, bamboleándose un poco de través sobre la enorme grupa de su animal.

Marc Hermann le cedía el paso cuando el camino se estrechaba; le contó que la había esperado, que pensaba que no le llamaría, que había vuelto en coche a los alrededores del cruce donde la había visto la primera vez, con las compras; le describió el impermeable claro que ella llevaba a principios del otoño; esperó hasta que se adentraron bajo los árboles para estrecharla de nuevo contra él.

El sol declinó muy temprano. Como el tiempo era muy seco, al ponerse, el cielo se volvió rojo entre las ramas desnudas, como irritado.

—¿Tú sabes de dónde viene el nombre de Fausses Reposes? —le preguntó mi hermana a Christian aquella noche, sentada a la mesa tras el gran ventanal del Oasis.

—Me parece que ha sufrido un cambio de ortografía —dijo Christian—. Originariamente, quizá fuera Fosses Reposes. Tendría que comprobarlo; debió de ser por un incidente del pasado, no sé cuál. Algo de la guerra. Quizá la ejecución de un maquis. Tuvo que haber maquis por aquí. Debieron de atrapar a miembros de la Resistencia. En esos casos, los llevaban directamente al pelotón de fusilamiento.

Pero cuando se percató del semblante inquieto de mi hermana, se corrigió:

—Seguramente sea un nombre muy antiguo. Cuando hablo de guerra, la cosa puede remontarse muy atrás, a la guerra de los Cien Años. O a algún episodio legendario. Muchos nombres de lugares están relacionados con viejas leyendas, con supersticiones. No encierran nada real. Simplemente era un bosque oscuro, que daba miedo. Los bosques oscuros siempre han dado miedo. También está la cercanía de los estanques. Son muy profundos, acuérdate. A lo mejor de ahí viene lo de *fosse*, fosa.

Intentó tranquilizarla, pero cuanta más importancia le restaba, cuanto más hablaba de antiguas leyendas sin fundamento, de la calma que sugería el nombre de Fausses Reposes, más pensaba ella que en el bosque debía de haber pasado algo terrible, abrumador. Se puso a pensar en uno de esos sucesos de los que la prensa habla durante una semana y luego se olvidan y permanecen enjaulados en una sombra húmeda, en el crujido de los troncos cuando se mecen, en el miedo vago de quienes los recuerdan, y dicen: ¿Aquí no pasó algo? ¿No fue alguien terriblemente *imprudente* en este lugar?

—¿No fue ahí donde encontraron a un político? —preguntó Claire Marie—. Ahogado a poca profundidad. Se me viene a la cabeza algo que leí una vez. Un político ahogado en un estanque.

—No sé —respondió Christian—, ni idea, qué más da. De todos modos, concluyeron que fue un suicidio. Con los políticos, la conclusión siempre es el suicidio.

Mi hermana tenía las mejillas coloradas, un aire ausente; se decía que la manera en que había ocupado la tarde se leía en sus ojos igual que en un libro abierto. Evitaba mirarlo de frente, se quedaba vuelta hacia el parque de Saint-Cloud, sumido en la noche.

—He olvidado puntualizar una cosa —continuó mi hermana—. Por aquel entonces, en Ville-d'Avray hubo una historia que todo el mundo exageró; suele pasar en localidades como la nuestra. Como comprenderás, esto es muy pequeño y extremadamente tranquilo: habían visto a un hombre en el barrio de la estación. Lo habían visto varias veces en la llamada senda, una especie de cuesta muy empinada que bordea la vía férrea y la atraviesa por arriba, por el viaducto que queda por encima del túnel, para llegar a Sèvres. Suele estar desierta en plena tarde, solo la toman los pasajeros que bajan de los trenes, que la usan para atajar, o como parte del paseo, sobre todo niños o mujeres solas. Arriba del todo, debido al viaducto, a la desaparición de los trenes en el túnel, a la maleza descontrolada, da un poco la impresión de estar en la montaña.

La escuela convocó una reunión informativa. La dirección se tomaba muy en serio los testimonios. Los niños volvían a casa con circulares en la cartera. Todas decían lo mismo: que aquel hombre había sido «divisado» varias veces, que podía tratarse de un individuo buscado por la policía (adjuntaban fotocopias de varios retratos robot), que no había motivos para alarmarse, pero que convenía estar atentos: la cercanía de la estación podía apuntar a que aquel hombre circulaba en la línea que unía las estaciones de St-Lazare y Versailles. No se le podía acusar de gran cosa: se apostaba en el camino, oculto bajo un árbol, y se conformaba con preguntar a las niñas que subían: ¿Cómo te llamas? Alguna que otra vez, también, a tenor del testimonio de algunos críos, se lo veía en el viaducto, se asomaba por el parapeto para ver pasar los trenes y observaba desde arriba el trasiego de los viajeros. Tal vez un hombre que no tenía nada que hacer, sin más.

—Naturalmente —me dijo mi hermana—, le pregunté a Mélanie, le dije: ¿Tú has visto a ese señor? Si lo ves, avísame, no le contestes, acelera el paso, no hables jamás con desconocidos.

Sonreí.

—Ya podrías haberte aplicado el cuento.

Ella no respondió.



Llovió toda la mañana del día siguiente del paseo por los estanques.

Seguía lloviendo cuando llamaron a la cancela en plena tarde, a la hora más plácida. Mi hermana estaba despachando unas facturas retrasadas; se sobresaltó; los niños estaban en el colegio, la calle, vacía. Aguardó un minuto, luego se levantó sin hacer ruido, se acercó a la ventana, miró a través de los visillos. Solo era una de las vecinas, la señora Dufaux, una buena señora de pelo gris que vivía cerca de la estación. Se la veía jadeante y empapada, agitaba el paraguas.

—Perdone que la moleste, Claire Marie, pero estoy muy preocupada, vengo asfixiada, he caminado deprisa y la calle es cuesta arriba hasta su casa; empiezo a sufrir con las pendientes.

Quería advertirle que he visto a la policía delante de una casa del barrio. La furgoneta estaba aparcada, pero habían dejado encendido el girofaro. No sé qué estarían haciendo. Han estado un buen rato, tal vez haya llegado a las dos horas, según lo que cuentan los vecinos, hasta mediodía, más o menos. ¿Sería para detener a alguien? Y hace un momento, delante del café, había un individuo muy raro. No es la primera vez que lo veo. Merodeaba por los alrededores de la estación. ¿No será el tipo del que hablan en el periódico? El que ronda cerca del viaducto. He venido a toda velocidad para avisarla. Me imaginaba que estaría en casa. ¿No quiere avisar? Si es él, habría que dar parte a la policía.

Hablaba deprisa, muy jadeante: ¡Qué oscuro está su salón! ¿No enciende la luz? ¡Yo ahora la enciendo a partir de las tres! ¡Qué cortos se han vuelto los días! ¡Es horroroso!

Claire Marie le ofreció un té, encendió la luz, fue a buscar la circular en la cartera de Mélanie.

Se sentaron en el salón, se inclinaron sobre la hoja: una simple fotocopia, seguramente la fotocopia de una fotocopia (se apreciaba que había pasado una y otra vez por la máquina). La tinta creaba una sombra en la parte baja de las caras; los tres hombres, fotografiados de frente, tenían el pelo corto, casi rapado; por un instante, mi hermana experimentó una suerte de miedo; comprendió lo que había temido. No es posible, se dijo. Son mucho más jóvenes. Qué bobada.

Y se tranquilizó: es jefe de una empresa. Está «bien colocado».

La señora Dufaux también examinaba la imagen; sacó las gafas, la estudió bajo la luz de la lámpara, pareció decepcionada:

—No es él —declaró—. No creo que sea él. No se parece; fíjese, casi no se les distingue.

—El hombre que ha visto usted quizá trabaje en Ville-d'Avray, en la cafetería de la estación, o en el servicio de mantenimiento —apuntó Claire Marie.

—Se lo veía ocioso, como examinando el interior de las casas, no sé si me explico. Yo me he plantado detrás de mi ventana y lo he estado observando. Ha recorrido varias veces la calle. ¿Para qué? No hace tiempo para paseos; llueve y hace bastante fresco. Me he calado hasta los huesos solo de venir hasta aquí. En esa clase de tipejos me fijo yo enseguida, no es el primero que veo. Algunos trastean con las cerraduras electrónicas para averiguar los códigos. Los vigilo desde mi ventana. Me fijo en los que merodean en coche. Los hay, ¿sabe? ¿Quién no se fija en un coche aparcado demasiado tiempo en el mismo sitio? ¡Hay que estar pendiente de todo! Toda precaución es poca. ¿No ha visto lo que pasa en América?

—América queda muy lejos —dijo mi hermana.

—Yo parto de la base de que puede pasar cualquier cosa, también aquí. No sé si está enterada, pero entraron a robar en casa del pintor, hace quince días. No le dieron mucha publicidad, yo me enteré en la panadería. Se metieron en la casa en plena noche; primero, en el jardín; la alarma no los detectó. Lo más espeluznante es que no forzaron la puerta. Tenían el código o las llaves. Estaban muy bien informados porque el pintor estaba de viaje. Todos los vecinos del barrio dormían a pierna suelta; nadie oyó nada.

—Gracias —respondió mi hermana—; no sabía nada. Le agradezco mucho que se haya tomado la molestia; tendré cuidado, se lo prometo.

En el umbral, observó cómo la señora Dufaux batallaba con el paraguas, lo abrió y se alejaba bajo la farola; a continuación, cerró la puerta con llave.

El jardín y la calle estaban negros como boca de lobo, seguía lloviendo y la lámpara de techo grande y moderna del despacho de la planta baja se reflejaba frente a ella en la ventana, alumbrando el punteado de las gotas que se adherían a los cristales por fuera con el leve rumor que hacen las yemas de los dedos y después serpenteaban hacia los ángulos, formando rebabas alargadas. Se había levantado viento y la lluvia arreciaba.

Fue a su ropero, tanteó el bolsillo del impermeable, encontró la tarjeta y la leyó: *Marc Hermann – Importación-Exportación*.

Nada que ver, se dijo. Es una empresa como cualquier otra. Además, tengo su número de teléfono.

Pero, cuando levantó la cabeza, se dijo ella también: ¡Qué oscuro está! Parece que las gotas de lluvia quieran meterse en casa.

La asaltó el lejano recuerdo de una ventana que se había quedado abierta, de una lluvia que blanqueaba la tarima bajo un radiador; una tormenta de verano de otros tiempos, había hecho bochorno todo el día, la lluvia había descargado de repente, y ellos habían dejado las ventanas abiertas, uno de esos aguaceros que forman un gran estruendo, que alivian y entristecen.

Claire Marie se miró en el cristal, pensó de pronto: pueden verme desde fuera, apagó la luz, apartó el visillo y observó por un instante la calle a oscuras. Todo estaba inmóvil. Los coches aparcados no se habían movido, los contó, trató de distinguir si había alguien dentro. Pero ¿por qué iba a haber alguien? ¿Quién se quedaría dentro de su coche junto a la acera de una calle residencial una tarde entre semana bajo una lluvia torrencial? A esas horas, la gente trabaja. Entonces, pensó (o más bien recordó): *Podemos darle un empujón al azar*.

Sonó el teléfono.

Mi hermana no fue a cogerlo; no había ningún ruido en la casa, aparte del de un electrodoméstico en funcionamiento y tal vez, abajo, más sordo y regular, el de la caldera. Subió a la habitación de Mélanie: allí la lluvia era más sonora porque golpeaba contra la pizarra de la falsa buhardilla.

De nuevo, desde allí, oculta por la cortina, observó la calle, la carrocería de los vehículos; volvió a contarlos. A lo lejos, los tejados mojados estaban recubiertos por la escarcha anaranjada de los fluorescentes de la estación (se entrevé una parte de la estación desde el dormitorio de Mélanie, una porción minúscula del andén). Al darse la vuelta, su mano golpeó las teclas del piano, que vibraron con tal intensidad que Claire Marie se estremeció.

—¿Qué he hecho? —se preguntó—. ¿Qué me está pasando?

Sin embargo, cuando la lluvia amainó, salió.

Subió por la senda y vio al hombre del que le había hablado la señora Dufaux. Supo que era él. Estaba apoyado contra la tapia de una casa, bajo un árbol que no lo guarecía porque había perdido todas las hojas.

Llevaba un anorak fino cuyo forro debía de protegerlo mal de la lluvia, no muy fuerte pero sí persistente; unos chorreones oscuros de humedad veteaban el muro a su espalda. Claire Marie

vio, apoyada contra el muro, a sus pies, una mochila en la que seguramente habría un saco de dormir. Se dijo: duermes ahí. En lo alto de la calle, hay un descampado con una cabaña.

El hombre comía un mendrugo de pan mojado que disimuló cuando la vio. La callejuela es muy estrecha, sombría; era difícil cruzarse sin advertirse. No había ninguna evidencia de que pidiera limosna, ningún recipiente para monedas; no pedía nada; tenía el pelo pegado por la lluvia, un aire incómodo y helado, tal aire de azoramiento extremo, de desesperación hostil que sin embargo se resiste a revelarse, que mi hermana se sintió conmovida.

Sacó unas monedas de su monedero. Se las ofreció. Él miró para otro lado.

Aquella noche, tras acostar a Mélanie, mi hermana leyó en la cama. O, mejor dicho, fingió leer, porque le resultaba imposible concentrarse: en vez de leer, se hacía toda clase de preguntas raras. Se preguntaba si, por la ventana, se vería la luz de su lámpara de lectura, si el punto amarillo de su lámpara de lectura se colaría por las contraventanas; repasaba obsesivamente su reciente paseo por los estanques.

Estaba tan turbada que no se había dado cuenta de que se alejaban del circuito acotado junto a la carretera; habían seguido durante un rato un camino forestal, recto, con el suelo tapizado de hojas. Caminaban en dirección opuesta al flujo de coches que atravesaban el bosque; ella los oía, a lo lejos; la noche se adensaba; se había percatado al ver de pronto las copas de los árboles negros recortadas contra el cielo frío, de aquel color de agua gris que precede al crepúsculo. Había dicho: «Lléveme de vuelta, quiero regresar ahora, ahora mismo».

Él había cedido y la había dejado cerca de su casa, a pocas calles de distancia. Claire Marie había llegado muy tarde al Oasis.

Cerró el libro con brusquedad, le dijo a Christian:

—Al parecer, entraron a robar en una casa del barrio.

—Sí —dijo Christian—. Una cosa bastante violenta. Entraron en casa del pintor en plena noche. Iban armados. Claramente, unos tipos que no se achican ante nada, asumieron muchos riesgos. Sabían lo que iban a encontrar. Estaban bien informados. Habían estado tanteando el terreno; hasta tenían material para sacar los lienzos de los marcos. Debían de llevar un tiempo rondando la casa. Cierra las puertas durante una temporada, es lo mejor.

Luego, mi hermana dijo:

—Esta tarde había un hombre merodeando por el barrio.

—¿Un hombre? ¿Quién? —preguntó Christian.

—No lo sé. La señora Dufaux ha venido a avisarme. Un vagabundo.

El teléfono sonó dos o tres días más tarde, casi a la misma hora en que la señora Dufaux se había presentado en su casa, con la caída del crepúsculo. Esta vez, Claire Marie descolgó. Naturalmente, era Hermann.

Pareció vacilar.

—Espero —arrancó— que no me guarde rencor por haber insistido el otro día.

Luego, se lanzó: explicó que había tardes en las que podía escaparse a última hora. Su agenda le dejaba algo de margen. Podía organizarse con sus citas.

—Me gustaría mucho volver a verla —dijo—. ¿Está libre esta tarde, por casualidad, esta tarde, por ejemplo? —dijo—. ¿Podría quedar conmigo esta tarde?

—Sí —dijo mi hermana, sin comprender muy bien lo que hacía.

—¿Dentro de dos horas? Perfecto. Perfecto que esté tan disponible. ¿Le vendría bien en Versalles? Tengo la empresa ahí. ¿Puede ir a Versalles? El tren llega directo desde donde vive usted. Es lo más sencillo. —Le dio el nombre de una calle—. ¿Se acordará? Aparcaré mi coche en el lado derecho, cerca de la estación, pasados los taxis. Por allí siempre hay aparcamiento; es muy fácil. Dejaré los faros encendidos. ¿Hasta dentro de un rato, entonces?

—Sí —dijo mi hermana.

Comenté:

—Me alucina tu comportamiento. Reconoces que empezabas a asustarte, y coges y vas. Para ser un hombre tan ocupado, tenía bastante tiempo libre, ¿no? Para ser el jefe de una empresa que viaja mucho... ¿No te extrañaba? Tenía tu número de teléfono. Tú no se lo habías dado. Además, te había hablado de su mujer... Algo no cuadra.

—Ya lo sé —dijo ella—. Como comprenderás, he tenido bastante tiempo para pensar en todo eso. Ni yo misma me entiendo. Digamos que era «superior a mí».

Se desperezó en su silla, suspiró:

—No pretendo excusarme.

Reconoció que los días siguientes, a pesar de todo, había aceptado muchas citas, los jueves, el día en que Mélanie se quedaba en casa de una vecina. Era pleno invierno. Se hacía de noche temprano, lo que facilitaba la discreción de sus salidas.

Bajaba el contrafuerte oscuro de la calle hasta la estación a la hora en que se vacían las oficinas, a la hora en que la jornada (como se suele decir) ya queda atrás; a la hora en que los habitantes de las afueras confluyen en las estaciones del tren suburbano; esa a la que, deslizándose de pie con aire soñador, hacinados en los vagones, agotados e inertes, ven desfilar las luces y los nombres de las estaciones: Puteaux, Suresnes, Vaucresson, Marly-le-Roi, L'Étang-La Ville.

Cuanto más se alejaba uno de París, más se adensaba la negrura: la línea atravesaba barrios enteros de calles a oscuras apenas visibles por debajo de los raíles, meras siluetas de árboles y arbustos que el viento agitaba contra las vías, cafeterías pequeñas, comercios cuyos escaparates iluminados se sucedían a toda velocidad; atisbos interrumpidos únicamente por los fluorescentes

anaranjados y violentos de las estaciones. Algunas de ellas, en las que el tren no se detenía —un directo—, pasaban como decorados cinematográficos.

En Versalles, los viajeros empujaban los tornos en masa, el andén se vaciaba, como una calle cuando se desata una tormenta. El vestíbulo estaba lleno de corrientes: Claire Marie cogió frío y empezó a toser.

Él la esperaba junto a la estación. Ella localizaba el coche por los faros; él escuchaba música, con frecuencia la misma pieza, o hablaba por teléfono en el interior; ella se decía que estaría resolviendo sus asuntos. Siempre cortaba la comunicación nada más verla. Un día en que Hermann se había desplazado hasta una de las entradas sombrías del parque, en el momento en que aparcaba, un coche apareció junto a la reja. Los faros alumbraron el follaje dorado. La verja se abrió. Una barrera interior se levantó, alguien debía de haber insertado una tarjeta en el sistema de seguridad. El coche se adentró en el parque; los haces de luz sacaron de su noche a una profunda columnata de árboles. Luego, las dos hojas labradas de la reja se encajaron como las partes de una hebilla.

Ellos nunca se metían en el parque. Era demasiado tarde.



Los cafés donde él la citaba no eran los que frecuentaban los turistas. Escogía terrazas discretas que no habían cambiado desde los años ochenta, con sillas de rejilla, veladores de falso mármol que permitían estrechos *tête-à-tête*, bancos corridos de cuero rojo desgastado. Cuando llegaba tarde, mi hermana se sentaba en el fondo a esperarlo. Uno o dos individuos se tomaban melancólicamente un café expreso, otros compraban tabaco, grupos de americanos o japoneses desorientados estudiaban los planos del palacio cuyas rejas acababan de cerrarse. Cuando cierra Versalles, es como si el corazón de la ciudad cesara de latir. Todas las calles suben hacia la masa oscura del dominio real.



Ella consultaba su reloj, espiaba los faros que se acercaban, pares de faros consecutivos (el deslumbramiento volvía invisible el rostro tras el volante), trataba de divisarlo y, más tarde, me dijo, años más tarde, años después, cuando ya habían perdido todo contacto y ella ni siquiera estaba segura de reconocerlo si se cruzaba con él,

(¡hace casi quince años, me dijo, qué locura!)

le ocurría, aún le ocurría, de noche, por carreteras pequeñas, cada vez que un coche se cruzaba con el de ella y surgían los faros, y la forma invisible tras el volante, y la *posibilidad*, tal vez durante una milésima de segundo, durante un cuarto de segundo, siempre

separados por el tiempo, por la indiferencia tal vez, por la incompreensión, me dijo, que se le pasaba por la cabeza esta pregunta:

¿Es usted? ¿Dónde está?



Entraba en la cafetería con sus andares levemente arrastrados, tal vez cansado, guardándose en el bolsillo el eterno paquete de tabaco. La buscaba por la zona de los bancos de cuero, entornaba los ojos para distinguirla en su cavidad, sonreía cuando la localizaba. Una o dos veces, al verlo así de lejos, cuando empujaba la puerta del café, en un momento en que no se sabía observado, mi hermana le encontraba un aire extraño; siempre llevaba el mismo abrigo oscuro y largo, sin abrochar; emanaba una impresión de fuerza y de desgaste. Pero, no sabía por qué, nunca se lo supo explicar, cada vez que él le agarraba la mano, sosteniéndola entre las suyas para calentarla —diciendo: Cuánto me alegro de verla, tiene las manos frías—, o la posaba sobre su rodilla, Claire Marie tenía la sensación de que aquel hombre sentía hacia ella, a pesar de todo, una ternura inexplicable.

Estaba casi segura de que le mentía sobre muchas cosas, pero tenía la certeza de que estaba solo, de que experimentaba una soledad completa, tan densa que ella percibía el espacio que creaba a su alrededor, una soledad que le encogía el corazón.

Nunca le hablaba de su vida presente, sino siempre de su «vida de antes», en Hungría, de su edificio en los arrabales, de su hermano que se pudría allí y del que recibía pocas noticias. Le dijo: Escuchábamos mucha música en mi casa, pero yo no tengo estudios. Carecíamos de medios. No soy un intelectual. Tenía más de treinta años cuando pasé al Oeste, no hablaba la lengua. En Francia, hice un poco de todo en hostelería, luego en obras, como peón. Me abrí camino con el sudor de mi frente. Incluso estuve en prisión, sabe. Le dijo: «Confío en usted».

Fue por él por lo que apuntó a Mélanie a clases de piano. Christian no quería obligarla. Ella insistió.

—Mi mujer —le dijo una vez— no está al tanto de mis negocios. No está al tanto de nada. —Otro día, confesó—: Las cosas no van bien entre nosotros. Estamos separados. Demasiadas diferencias, demasiadas discrepancias.

La acercaba en coche, la dejaba a varias calles de su casa, para que le diera tiempo de ir a buscar a su hija a la guardería; él consultaba el reloj, decía: Tiene cinco minutos. Ella se apeaba. Él arrancaba, circulaba al ralentí a su altura; ella apretaba los dientes, caminaba sin manifestar que lo veía, se decía: Es la última vez, se acabó.

Pero él bajaba la ventanilla, asomaba la cabeza por la portezuela, le sonreía: ¿El jueves que viene, a la misma hora? Y se marchaba.

En coche, circulaba demasiado deprisa. Una vez, saliendo de Versalles, se saltó un semáforo y los paró la policía; ella notó su rabia, tuvo la sensación de que en el instante en que el gendarme se bajaba de su monovolumen él hizo amago de acelerar de manera brutal, pero se controló, probablemente porque ella lo acompañaba, y entregó su permiso de conducir.

—Este carné es antiguo —dijo el gendarme—, es un carné del extranjero y no ha hecho usted los trámites necesarios: no es válido. Por lo que veo, el vehículo tampoco ha pasado revisiones. A la velocidad a la que circula, podría atropellar a alguien, ¿es consciente? Mataría a alguien en el acto.

El agente dedicó un buen rato a dar vueltas y más vueltas al documento, con aire escéptico. Tomó nota de la matrícula.

—¿Es usted extranjero?

—Naturalizado —respondió en voz baja Marc Hermann.

El gendarme agachaba la cabeza; observaba alternativamente el coche, el semblante austero e impenetrable de Marc Hermann, y trató de distinguir a través del habitáculo el de mi hermana, que permaneció muda todo el tiempo que duró aquel examen.

—¿Es usted la señora Hermann? —le preguntó.

—No —dijo mi hermana.

El gendarme no hizo más preguntas. Había rodeado el coche para colocarse a su lado y la escudriñaba como si intentara memorizar (y más tarde recordar) su cara. ¿Sería capaz de identificarla? ¿Habría acudido a la consulta alguna vez? Si presentaba un informe, ¿pondría: «el señor Hermann y su pasajera», «el señor Hermann y una mujer de identidad desconocida», «el señor Hermann y la mujer del médico»?

—¿Adónde se dirigen?

—A Ville-d'Avray —dijo Marc Hermann—. Voy con prisa. Tengo un compromiso.

Finalmente, el agente los dejó marchar con una amonestación: Que no se repita. Respeten los límites de velocidad.

Interrumpí a Claire Marie:

—Ya ves que no tenía ningún compromiso. Te mentía. Era de embuste fácil.

—No lo sé —replicó mi hermana—. Es muy fácil acusarlo. Cualquiera hubiera mentido en su situación. —Acto seguido, reconoció—: Es posible. Tal vez mintiera en muchas cosas. ¿Cambiaría eso algo?

—A lo mejor ni siquiera estaba casado. A lo mejor no tenía ninguna empresa. No sabes de dónde salía. De la nada. ¿No te preocupaba?

—Sí —dijo mi hermana—. No sabía hacia dónde me llevaba todo aquello. Ya te he dicho que ciertos comportamientos suyos me resultaban raros, pero en verdad nunca tuve miedo. O igual solo una vez, hacia el final.



Aquel jueves, una lluvia torrencial, descorazonadora y fría, anegaba el paisaje.

Chorrea por los ventanales de la estación de Versailles, nubla la vista, hasta el punto de que a Claire Marie le costó dar con el coche. Hermann hablaba por teléfono, en voz baja, en húngaro, y colgó en cuanto ella abrió la puerta; tuvo la sensación de que estaba irritado. Arrancó sin más preámbulos:

—No puedo volver a mi casa —le dijo—. Tengo problemas, problemas gordos.

Como siempre, circulaba demasiado deprisa y se saltó varios semáforos.

—¿Qué clase de problemas? —preguntó mi hermana.

Pero él se limitó a decir:

—Con unos proveedores. Un cargamento accidentado. No lo pagaré. Me están amenazando. En este oficio hay sinvergüenzas dispuestos a todo.

Habían salido de Versalles y se adentraban en una zona menos habitada, hacia la carretera forestal de Cordon de Viroflay; mi hermana reconoció el sitio.

Según ella, bordearon varias veces el mismo tramo de bosque; estaba horriblemente oscuro, hundido bajo un diluvio; Hermann seguía circulando sin mediar palabra, al azar, bajo los efectos de una rabia muda.

Frenó delante de la tienda de una estación de servicio:

—Tengo que parar aquí —dijo—; he olvidado hacer unas compras.

Claire Marie lo vio correr bajo la tromba de agua; esperó dentro del coche, escuchando la lluvia martillar sobre el capó, vigilando la hora. Hermann no volvía. ¿Qué estará comprando?, se preguntó. ¿Qué pasa? ¿Se ha bajado para llamar por teléfono? ¿Lo estarían siguiendo?

Los coches tenían los faros encendidos; mi hermana los vislumbraba a duras penas tras el vaho de las ventanillas; parecían huir y correr hacia los núcleos habitados; se distinguía, en el halo de las luces, la densa cortina de las gotas.

Por fin regresó, semblante impenetrable, abrió la puerta con violencia, dejó unos bultos en el asiento de atrás, arrancó.

Ella no se atrevía a hablar.

Tuvo el presentimiento de que Hermann volvería al bosque.

Ha estado en prisión, pensó. ¿Por qué?

Sin previo aviso, puso el intermitente y redujo la velocidad. En aquel tramo de carretera, en pleno bosque, había un merendero para cazadores o una cafetería de la que mi hermana solo entrevió la terraza completamente empapada; era una de esas antiguas viviendas para guardabosques transformada en cabaña donde se detienen los senderistas a mediodía. No había luz; pero quizás, esperaba mi hermana, quizás alguien estuviera de pie, a oscuras, aguardando detrás del mostrador la llegada de unos clientes improbables, contemplando la lluvia, colmándose de la tristeza de la lluvia y del bosque. Lo esperó con todas sus fuerzas. Se sentía perdida.

Él frenó, detuvo el coche delante de la construcción, apagó el motor, pero no abrió la puerta. Ni hizo amago de bajarse. El interior del café parecía desierto. Las mesas se apilaban en el interior. Delante de la puerta, un cubo recogía la lluvia que caía sin cesar de un canalón.

—¿Dónde estamos? —preguntó mi hermana.

—No lo sé —dijo él en tono seco—. Ya ve que es una casa forestal. Vamos a parar aquí.

Ella protestó:

—Preferiría volver.

—Cinco minutos, tengo sed; es peligroso conducir con la que está cayendo.

—Está cerrado —dijo mi hermana—. No sirve de nada. No hay nadie dentro.

Él la atrajo hacia sí e intentó besarla, pero mi hermana se resistió, y él la soltó.

—Me gustaría comprender —suspiró Hermann.

Se quedaron callados un momento. Claire Marie seguía contando con ansiedad los minutos en el reloj del salpicadero. Él había bajado una de las ventanillas y fumaba. La humedad entraba por la puerta del coche.

—Estoy harto de citas en cafeterías —le dijo por fin, tirando el cigarrillo—. Me gustaría que viniera usted a mi casa. Ya se lo he pedido otras veces. ¿Por qué no viene a mi casa?

—¿A su casa?

—No se haga la tonta. A mi despacho —dijo él—. En Versalles. Mi empresa está en Versalles. Tiene la dirección, le di mi tarjeta. La espero mañana. Usted elige. Si no viene, lo entenderé.

Arrancó y no pronunció ni una palabra más en todo el trayecto.

Al día siguiente, cuando se acercó la hora de la cita, Claire Marie salió de casa. No podía quedarse quieta. Mi hermana siempre había sido incapaz de elegir. Era, también, incapaz de terminar con aquella historia. No se preguntó si amaba a Marc Hermann. Cedía poco a poco, me doy cuenta, y algo en mí la comprendía, por el elemento novelesco que Hermann introducía en su vida. Había asimismo un fondo de curiosidad natural. Claire Marie se decía, vagamente: Solo quiero ver. Solo quiero *saber*.

Estaba al final de uno de esos apacibles callejones sin salida, perpendiculares a una amplia avenida, que en París reciben el nombre de «villa». El edificio bajo, de piedra, muy ordinario, se encontraba a la izquierda; a la derecha, la callejuela corta, estrecha y pavimentada quedaba limitada por la tapia del jardín de una vivienda burguesa de la que ella solo alcanzaba a divisar el tejado. No era muy tarde, pero, con el horario de invierno, a su llegada el extremo del callejón estaba oscuro. Más que verlos, mi hermana adivinó los árboles, a buen seguro árboles viejos que en otros tiempos habrían formado parte de los «dominios reales» antes de que sus lindes fueran parceladas y progresivamente mordisqueadas por el núcleo urbano. Todo el barrio mantenía un halo silencioso, obsoleto, abandonado, pero también vagamente aristocrático. En el edificio no había ninguna placa que evidenciara la existencia de una empresa con el nombre de Hermann. O, mejor dicho, había una sola placa, colocada en la puerta del portal. Rezaba: *Doctor Zhang, manipulación manual, acupuntura y, debajo, segunda planta*.

Claire Marie pulsó el botón que abría la puerta y accedió a un recibidor banal, con un ascensor con puerta de rejilla y una escalera de madera sin moqueta. En aquel punto, se detuvo. Aguzó el oído sin decidirse ni a llamar el ascensor, ni a subir los escalones, ni a marcharse. No encendió la luz.

En todo el tiempo que pasó allí, no entró nadie, nadie bajó de las plantas superiores. Ningún teléfono sonó en los apartamentos. Claire Marie estaba convencida de que oiría cualquier ruido, de tan vacío como se le antojaba el hueco de la escalera.

Los minutos fueron sumándose, crearon tiempo, tal vez un cuarto de hora; la voluntad de mi hermana flaqueaba. Cuanto más rato pasaba, más retraso se acumulaba; Marc Hermann debía de impacientarse, sacar conclusiones de su deserción, dar vueltas por su apartamento, nervioso y decepcionado. Mi hermana se representaba el rostro impenetrable que había visto cuando los gendarmes los habían parado. Le extrañó que el nombre de la empresa no figurase en ninguna placa. ¿Estaría él allí? ¡Todo estaba tan silencioso! Curiosamente, ninguna luz salía de las ventanas del tercer piso (el que indicaba la tarjeta). ¿Daría su despacho al otro lado?

El silencio era tal que Claire Marie oía el tictac de su reloj, que le decía: decídete, el tiempo corre (se preguntó: ¿palpita el reloj más rápido que mi corazón?).

Una luz se encendió tras el cristal esmerilado de la puerta de entrada, un débil rectángulo pálido y amarillento, como un fluorescente. Parecía proyectarse desde la ventana de la clínica de

acupuntura. El doctor Zhang pasaba consulta. En la estancia polvorienta que daba al callejón debía de haber un tipo tumbado, con agujas diestramente clavadas en las rodillas y el tórax.

Ante la idea del pequeño gabinete polvoriento, de los diagramas clavados con chinchetas a la pared, de los cortes transversales del cuerpo humano con los puntos que desencadenan impulsos nerviosos, mi hermana sintió que algo cedía en su interior.

Fue presa del pánico, empujó la puerta, corrió hacia la callejuela, la tomó en dirección al centro de Versailles, caminó largo rato, al albur de las calles, con una repentina sensación de haberse liberado, de que todo había terminado.



Ya era hora. Pues, cuando aquella tarde fue a recoger a Mélanie, la mano de la niña se crispó al contacto con la suya:

—Papá me ha preguntado si venías a buscarme hoy.

—Y ¿qué le has dicho?

—Le he dicho que ahora vienes menos —dijo la pequeña—. Le he dicho que sueles llegar tarde; ya casi no te veo.

Dieron unos cuantos pasos a la par.

—¿Qué ha dicho tu padre? —replicó mi hermana, sin mirarla.

—Nada —dijo la niña, mirando fijamente al frente. Se corrigió en tono quejoso—: No me acuerdo.

Aquella noche, Christian acababa de encender el televisor, a eso de las ocho, cuando el teléfono sonó en la entrada. Claire Marie se quedó paralizada.

—¿No lo coges? —preguntó Christian.

—Ya voy —dijo, sin moverse—. Ahora mismo voy. Luego, con voz inexpresiva:

—Ha parado. Seguro que se habían equivocado.

Se acercó a la ventana, apartó el visillo y se pegó al cristal.

—¿Has visto algo? —preguntó Christian—. Me he dado cuenta de que últimamente te asomas mucho a la ventana. ¿Esperas a alguien?

Se levantó, apartó él también el visillo, observó la calle:

—¿Te da miedo lo del robo? No te preocupes. Basta con echar la llave. No corres ningún peligro.

Al día siguiente, llevó a Mélanie a un cumpleaños. Casi no había pegado ojo. La casa estaba llena de niños y enseguida se sintió ensordecida por el alboroto.

Dejó allí a la niña y subió hacia el parque de Saint-Cloud, pero nada más ver la reja le dio la espalda, se adentró por las calles y se perdió: presentaban las mismas pendientes que las de su barrio, los mismos chalés de piedra molar, las mismas casas bien conservadas, todas distintas, algunas de los años treinta, con sus torrecillas recargadas en la fachada, otras prácticamente nuevas, con puertas pintadas, un aire inglés, cancelas, garajes grandes y prácticos, jardines empapados de lluvia. Claire Marie avanzaba y las casas no se acababan.

—Todo está construido, por todas partes, no nos imaginamos la cantidad de casas que hay en estas colinas. No nos imaginamos —dijo mi hermana—, la cantidad de vidas. ¿Alguna vez te lo planteas? La cantidad de vidas.

Llegó a los aledaños de una estación de tren suburbano. Varias personas, al abrigo de la marquesina de cristal, esperaban su tren. Quiso cogerlo ella también. Pero finalmente se topó con una cabina telefónica. Entró y marcó el número de Marc Hermann. Al cabo de tres pitidos, saltó el contestador: no era la voz de Hermann, sino una de esas voces enlatadas que recitan mecánicamente: «Le atiende el contestador automático de...». Claire Marie se desanimó; vaciló, descartó dejar un mensaje (¿Para qué?), dejó que la cinta se devanara del todo.

Los trenes hacían ruido y al igual que oía (o procuraba oír) detrás del grano irregular de la cinta del contestador la vida ignota del despacho donde Marc Hermann no estaba —donde Marc Hermann tal vez nunca hubiera estado—, la máquina registraba los vagos sonidos vespertinos, el ruido de las afueras, de los coches, el del tren que entraba en la estación.

El teléfono se cortó. Claire Marie salió de la cabina, torció a la izquierda.

Hacía frío. Sin embargo, a medida que avanzaba, se sentía menos agobiada, respiraba mejor. El aire estaba húmedo por los chaparrones que escurrían por momentos el cielo gris; flotaba un olor a tierra recién mojada, a tierra invernal. Tan potente era que mi hermana pensó que habría impregnado el mensaje silencioso dejado en el contestador.

Aquel día, las calles que recorría le recordaron a nuestra infancia. Nunca antes había percibido aquel parentesco entre las calles de Ville-d'Avray y las de nuestro antiguo barrio, en torno al parque Woluwe-Saint-Pierre. Los modestos salones de belleza que jamás habían reformado, con sus hileras de lavacabezas, sus peluqueras de la vieja escuela, le recordaron a Chez Rosa, donde íbamos a buscar a mamá. Varias mujeres esperaban debajo del casco, con los rulos envueltos en redecillas rosas.

—Vuestra madre está en uno de los cascos —nos decía Rosa—. Volved dentro de un cuarto de hora.

—¿Te acuerdas de la peluquería de Rosa? —me dijo mi hermana—. Y no sé si lo recuerdas, porque eras más pequeña, pero había cerezos japoneses en las calles. En Ville-d'Avray hay magnolios, tulíperos, pero no esos cerezos que parece que estén recubiertos de algodón cuando

florece; jamás los he vuelto a ver. Esa especie no se estila por aquí. Quizás el clima no sea el adecuado.

Observaba las casas con curiosidad; le parecían a un tiempo desconocidas y familiares; se decía que, seguramente, durante el día, cuando daba el sol, este debía de penetrar hasta el centro de las habitaciones y debían de ser más alegres, pero aquel día no había sol.

Veía lámparas con tulipa contra algunas ventanas, respaldos de sillones cubiertos por una funda, como en su casa. Alguna que otra calcomanía de estrella o de abeto de Navidad se había quedado pegada en los cristales, y mi hermana se decía que sería el cuarto de un niño; Mélanie también había pedido permiso para pegar calcomanías en su ventana.

Había bicicletas apoyadas contra los muros.

Debía de haber trapos colgados en las cocinas, alacenas llenas de latas con harina y azúcar, electrodomésticos en reposo (la nevera, el lavavajillas en el que se activaban el agua o las turbinas del secador de las cestas).

Mi hermana se decía que tal vez otras mujeres se movieran en el silencio de aquellas casas, tras sus tabiques empapelados; se preguntaba si el busto de dichas mujeres se inclinaría sobre un aparador para ordenar la vajilla. O sobre un lavabo que limpiaban con un chorro de producto desinfectante. O si planchaban y colocaban tranquilamente la ropa caliente y doblada a la derecha de la tabla de planchar. O si encendían el televisor para que hubiera ruido de fondo. Tal vez sonara el teléfono y aquellas mujeres esperaran que una voz de hombre surgiera en el otro extremo de la línea.

(¿Dónde estás?, dirían ellas, ¿reunido? ¿Una cita fuera de la oficina?)

Pero, a menudo, eran llamadas comerciales. Y si era una empleada quien se afanaba en la casa, no se molestaba; el teléfono no sonaba para ella, lo sabía; ninguna llamada sería para ella; muchas empleadas eran extranjeras, apenas hablaban francés, escuchaban el mensaje que una voz humana dejaba en el contestador, la irrupción, en el silencio de una estancia vacía, de una voz humana a la que ninguna otra voz contestaba, y luego, el leve y seco chasquido del mecanismo del contestador.

Cuando Hermann regresara, escucharía sus mensajes, oiría solo el silencio, el chirrido de la cinta, el ruido bastante fuerte del tren que entraba en la estación justo en el momento en que ella había llamado. No hay mensaje, pensaría. Rebobinaría y pondría de nuevo la cinta. Sondaría el rumor vago de una tarde en las afueras. Poco menos que nada. Lo único que le quedaría de mi hermana.

Las farolas se encendieron de golpe.

Claire Marie se subía el cuello y se lo ceñía contra la garganta al caminar, y las calles se sucedían una tras otra; siempre había cruces, cafés, restaurantes pequeños, aquí o allá una casa más alta con un balcón recién repintado, jardines desplumados y embarrados en los que el césped no era más que una alfombra de hierbajos, construcciones nuevas apenas acabadas (en las parcelas permanecía aún la arena mojada de la obra y las hormigoneras). Se seguía construyendo.

Las calles se tornaron más oscuras; las parcelas, más amplias, más arboladas; había más vegetación. De repente, vio un gran agujero en el paisaje. Se dijo: ¡Los estanques!

Sin saber muy bien cómo, mi hermana se había encaminado hacia el bosque de Fausses Reposes y, a pesar de que no era la mejor hora (no es muy aconsejable que una mujer vaya sola por la zona de los estanques), siguió avanzando.

Acabó encontrando un banco y se sentó, frente al agua; caía la noche; probablemente nublada, sin mucho viento; el espeso manto de nubes se estancaría sobre París y sobre Ville-d'Avray. Varios aviones en fase de aproximación descendían; Claire Marie distinguía sus luces intermitentes. Intentaban posarse en el corazón palpitante y cercano de París.

Se encendieron los edificios de un complejo residencial —el último antes del bosque—, el alumbrado de las zonas comunes: unas pocas construcciones bajas, numeradas, repartidas entre árboles y farolas, con una letra por encima de la puerta de entrada, y un aire de edificaciones colectivas.

De repente, un hombre salió del sotobosque frente a ella; más que verlo, adivinó su silueta al otro lado del estanque. Daba la espalda a los árboles. Él también debía de haberla visto; había podido «localizarla» por su impermeable más claro en la oscuridad, más claro que la oscuridad.

El hombre no se movía. Claire Marie sabía que él podía seguir cada uno de sus movimientos debido a la mancha clara que su abrigo creaba en el banco. Se fijó en si el hombre llevaba un perro, un perro la habría tranquilizado; habría sido un simple paseante.

Por lo que pudo adivinar, el hombre estaba quieto dándole la espalda al bosque, frente a ella. Quizá estuviera fumando, eso explicaría que se quedase así, inmóvil.

Claire Marie reaccionó, se levantó, desanduvo el camino dirigiéndose hacia las luces de la zona residencial; estaba habitada, habría gente; apretó el paso, se metió las manos en los bolsillos; recorrió un centenar de metros siguiendo el camino señalado, lanzó una ojeada a lo que dejaba atrás; el hombre ya había dado media vuelta al estanque. Quizá, cuando ella hubiera avanzado lo suficiente, bordeando a la altura del recodo un pequeño saucedal, desaparecería de su vista. Pero él andaba más rápido que ella.

—Al final —me dijo mi hermana—, eché a correr; estaba asfixiada. Lloraba como solo se llora en sueños, con mucha dificultad. Me decía que, si intentaba pedir ayuda, no sería capaz de articular ningún sonido. Él gritó algo detrás de mí.

Se encontró milagrosamente en la parte alta de su calle, había luz en la cristalera del salón. Se había olvidado por completo de Mélanie. Christian había ido a buscarla a la fiesta de cumpleaños. Y ahora le daba la cena, con semblante lúgubre, cargado de reproches. La niña comía un huevo.

—¿Por qué vuelves tan tarde? —le dijo Christian—. ¿Dónde estabas? ¡Llevo dos horas esperándote!

La pequeña hundía la cuchara torcida en el huevo sin decir nada. Estaba toda pringada, la yema goteaba en la servilleta.

«Mi vida», se dijo mi hermana. «Qué estoy haciendo con mi vida: este hombre enfurecido y esta niña toda pringada.»

Se calló. Yo también me quedé en silencio. Por fin, dije:

—¿Por qué renunciar en el último momento? ¿Y si te equivocabas? Tal vez fuera sincero. ¿No volviste a llamar? Creo que yo habría intentado saberlo.

—¿Saber el qué? —preguntó mi hermana.

—Con quién me las veía. Creo que, en tu lugar, habría subido, habría llamado al timbre del piso.

Mi hermana agachó la cabeza.

De pronto pensé que tal vez no me lo hubiera contado todo, que había una parte de la historia que se estaba guardando.

Insistí, igualmente:

—¿No lo viste más?

—No —me dijo con esfuerzo—; nunca. Me parece que llamó varias veces, pero no cogí el teléfono. Durante mucho tiempo, evité los sitios donde había estado con él, dejé de ir sola a Saint-Cloud. Evitaba los estanques.

—Pero aun así piensas en él.

—Alguna vez, claro —dijo mi hermana.

—¿Quién te dice que no ha vuelto a pasar por tu calle? ¿Que no pasa todavía?

Con un mismo movimiento, contemplamos el jardín negro, la puerta abierta.

—No —dijo mi hermana—, no seas ridícula.

—¿Y el negocio de importación y exportación?

—Lo busqué en la guía: no había ningún Hermann en Saint-Cloud; no encontré ninguno. En Versailles sí que había, pero no era una empresa, y la dirección no coincidía con la de la tarjeta. Una vez llamé al teléfono que aparecía en la guía, pero la mujer que contestó me dijo que su marido había muerto.



Años después, cinco o seis tal vez, un buen día, Claire Marie regresó al callejón de Versailles. Nada había cambiado; reinaba el mismo silencio de siempre. Sin embargo, no era una tarde de invierno; fue en primavera, en pleno día, y hacía muy bueno; los pajarillos cantaban; era mayo; vio que el árbol grande cuyas ramas rebasaban el muro era un castaño enorme, magnífico.

Las candelillas se habían abierto; su color pálido contrastaba con la masa de hojas casi negras. El árbol parecía proyectar sobre el jardín de la propiedad vecina y el extremo del callejón el esplendor regio y triste del tiempo.

«¿Cuántos años, ya?», se preguntó.

Avanzó hasta el inmueble. Allí seguía la placa: *Doctor Zhang, manipulación manual, acupuntura*.

Subió por la escalera y llamó al timbre de la segunda planta. Al cabo de unos minutos, la puerta se abrió. Ante ella se encontraba la persona que ella supuso que sería el doctor Zhang. A

su espalda, el apartamento era tal y como ella lo había imaginado, la clase de apartamento banal que ofrecen esas residencias de pequeño tamaño. El de arriba —al que ella nunca había ido— debía de estar concebido a partir del mismo modelo: un vestíbulo rectangular con parque antiguo, un pasillo que daba a una o varias habitaciones, del lado de la calle. La puerta de la consulta estaba entornada. Claire Marie no llegó a saber si había una persona tumbada en la camilla o si el doctor Zhang estaba solo en el piso, esperando. Tal vez nadie fuera ya a visitar al doctor Zhang desde hacía mucho tiempo, o quizá estuviera jubilado y el espacio donde pasaba consulta fuese también su domicilio. Tal vez la habitación que daba al callejón sombreado por el castaño no fuera más que una especie de sala de estar desordenada donde aquel hombre pasaba la mayor parte de los días.

—¿Desea una cita? —preguntó.

—No —dijo ella—; solo preguntarle una cosa. ¿Antes había una empresa en el tercero, justo encima de su consulta? ¿Una empresa de importación y exportación? Hace cinco o seis años.

Llevaba encima la tarjeta, para tener una excusa; leyó: la empresa se llamaba Hermann, importaciónexportación.

—¿Conocía usted al señor Hermann?

El doctor Zhang parecía decepcionado. Su rostro se blindó.

—No lo sé —dijo, cerrando la puerta—. No me suena. No conozco esa empresa. No me relaciono con los vecinos. Se habrá confundido. Adiós, señora.

La cancela se abrió con un ruido metálico.

Mi sobrina llegó como un pajarillo, toda grácil con sus manolinas. Se sentó a nuestro lado, en la hierba; dijo:

—¿Todavía de cháchara? No tenéis fin. ¿No os habéis movido de aquí? ¡Ni siquiera habéis encendido la luz! Todas las casas de alrededor están iluminadas, pensaba que habríais salido. ¿Habéis estado todo este rato a oscuras?

—Sí —dijo Claire Marie—. ¿Ha estado bien la película? ¿Dónde está Clément?

—Clément me ha dejado al final de la calle, esta noche no viene. Tiene que terminar un trabajo. Ha estado muy bien —dijo mi sobrina—, me ha gustado un montón la película. ¿Y vosotras?

—Hemos estado hablando, ya ves, aquí tranquilas, ha estado muy bien también. No nos hemos dado cuenta de la hora. El tiempo ha pasado volando. Hemos estado hablando de nuestros recuerdos, de cuando éramos jóvenes.

—¿De los novios? —preguntó mi sobrina con una risita indulgente.

Dije:

—Por supuesto. Tu madre tuvo unos pocos, como todo el mundo; me acuerdo especialmente de un roquero con el pelo largo que tu abuelo no quería ver por casa; no le gustaba su melena. Se montaban unas escenas tremendas.

Imité a papá:

—*¿Ese muchacho ignora la existencia de los peluqueros?*

Imito muy bien a papá. Mi sobrina se rio, con un aire vagamente incrédulo.

—Tú no sabes cómo era tu madre; no la has conocido como yo. No la has conocido de joven, claro está. Era una bailarina empedernida. —Y pensaba: una soñadora empedernida—. Capaz de bailar toda la noche; increíble, ¿no? Era otra generación. Tú no has conocido esos tiempos. —Dije—: Antes del año 2000. Ni siquiera había móviles. ¿Te imaginas?

Sospechaba que, para Mélanie, aquellas palabras no significaban nada: ni «antes del año 2000» ni «tu madre era una bailarina empedernida»; el desfase era demasiado grande; demasiado tiempo había pasado; era solo una frase que mi sobrina podría recordar más adelante, una frase que rememoraría como rememoramos ciertas frases cuando tratamos de hacer memoria, una de esas frases a las que nos aferramos cuando los recuerdos merman: *Creo que a mamá le gustaba mucho bailar, cómo le gustaba bailar a mamá.*



¿Quién nos conoce de veras? Contamos tan pocas cosas, y mentimos sobre casi todo. ¿Quién sabe la verdad? ¿Me había contado mi hermana la verdad? ¿Quién la sabrá? ¿Quién se acordará de nosotras? Con el tiempo, nuestro corazón se tornará tenebroso y polvoriento como el consultorio del doctor Zhang.

Una sala de espera donde una esperaba toda la vida. Ningún ruido al otro lado. Ninguna señal.

Percibía una suerte de angustia. Me decía aún: ¿Y si mi hermana se equivocaba? ¿A quién espero, también yo? ¿Quién ha llegado para mí?

Los faros del coche de Christian iluminaron la cancela; entró en casa por el garaje, se acercó a nosotras atravesando el césped.

Claire Marie adoptó una actitud diferente, más compuesta, su actitud cotidiana. Pareció caer de pronto en la hora que era; se levantó.

—La cena no está hecha. Tendría que haber preparado algo. Se nos ha hecho tarde. Debes de estar hambriento.

Y fue a encender las luces de la casa.

—No pasa nada —dijo Christian—, qué prisa hay. ¡Hace tan buen tiempo! No me extraña que lo hayáis aprovechado. —Y, volviéndose hacia mí—: Qué sorpresa verte por aquí un domingo.

Se sentó; hablamos de todo un poco, del verano que se alargaba, de aquellos días de transición que pueden durar hasta mediados de octubre, en los que hace bochorno todavía, en los que a media tarde puede hacer un calor denso, más propio de España, aunque el sotobosque esté sembrado de castañas y por las noches refresque. Dijimos obviedades, dijimos que el otoño, aquí, en Ville-d'Avray, al comienzo, tenía algo de desgarrador, que en las afueras se percibía más, que París no entendía de estaciones. Las moscas, dijo Christian, empiezan a meterse en las casas; esta mañana estaba el garaje lleno, señal de que ya les queda poco.

Yo recité:

*Luce la dalia su escarapela,
la caléndula su dorada toca.*

Claire Marie continuó:

*La lluvia en el jardín hace burbujas;
y tienen conciliábulos extraños
las golondrinas sobre los tejados.*

Christian bebía su whisky con parsimonia; su día no había sido lo que se dice agotador: principalmente, chequeos al término de las vacaciones, certificados médicos para reanudar actividades deportivas, rutina. Los pacientes acudían a la consulta por cualquier tontería, «reumatismos», como decían ellos, los primeros catarros. Remoloneaban. Le contaban su verano, sus rencillas familiares.

—Mucha gente lleva tiempo viviendo en este barrio, ¿sabes? —me dijo Christian—. Se hacen viejos; saben que las cosas no pueden durar eternamente; no esperan nada, solo que la vida continúe; necesitan hablar, se sienten mejor cuando les prescribo medicamentos, cuando se van con su receta; solo quieren quedarse tranquilos, necesitan que yo les diga: «No es grave, va todo bien». Algunas veces, es para lo único que sirve la clínica: para decir: «No es grave, va todo

bien», medir la tensión: «Tiene usted la tensión estupendamente»; les levanta el ánimo (¿Usted cree, doctor? ¿Seguro?). Me fijo en su mirada cuando insinuó: «Convendría hacer una prueba complementaria», siempre tengo la precaución de añadir: «para asegurarnos», «un mero trámite»; siempre tengo la precaución de aclarar que no observo nada preocupante.

Le cogió la mano a Claire Marie:

—Cariño, todavía me acuerdo de la mirada de tu padre cuando le dije: Jean-Paul, esta vez convendría ir al especialista.

Nos quedamos callados.

La luz amarillenta de la farola en la acera alumbraba una parte de las hojas del castaño y el pelo rubio de mi sobrina, que nos escuchaba sentada en la hierba, serena, con los brazos cruzados sobre las rodillas. Ella también parecía soñadora, estaba aún bajo el influjo de la película; quizá Clément la hubiera besado en el cine. Ella también tenía sus secretos.



Cuando me levanté, mi hermana insistió:

—¿Seguro que no quieres cenar con nosotros?

—No. Tengo que irme ya. Os dejo. Se ha hecho muy tarde. Luc me estará esperando. Esta noche vuelve. Se preguntará adónde habré ido; se va a pensar que he tenido un encuentro sospechoso —me reí—, y yo tendré que decirle: He ido a Ville-d'Avray.

Christian y Mélanie se metieron en la casa con los vasos. Entraron en la cocina; los oíamos reír; supuse que mi sobrina le contaba a su padre la historia del roquero melenudo.

Me dije: No ha sido nada, nadie lo sabe. Nadie sabrá nunca nada. Salvo yo. Ya pasó. Es como el viento.

La luz y las risas entre los volúmenes oscuros de la vegetación del jardín revelaban la paz de una casa iluminada (la bonita casa de tu hermana, como decía mamá). Varios moscardones revoloteaban alrededor del halo de los dos faroles, a uno y otro lado de la puerta; la luz de la tulipa grande del salón formaba un redondel sobre el césped.

Aquella era, me decía para mis adentros, a fin de cuentas, toda la paz que a veces, en ciertos momentos, puede una extraer de la vida, esa paz frágil, tan provisional que da miedo perderla, de la que saboreamos, algunas noches, una sensación punzante, intensa: un tiempo como detenido, un final de verano, una tregua, un ruido de voces en un jardín, una lámpara encendida en una ventana.

Era lo que mi hermana había elegido. Y había hecho bien. Lo entendía. Lo demás, me dije. El sueño. Me acordé del título de un cuento que me había deslumbrado tiempo atrás: *Un sueño realizado*.

Claire Marie me acompañó hasta la cancela.

Desde que el vecino había cortado el césped, toda la calle olía a hierba recién cortada; no sé por qué el olor a hierba recién cortada es capaz de transmitir semejante sensación de tristeza, y también un deseo violento de seguir viviendo.

No soplaba ni una pizca de brisa. Las hojas del castaño a las que no llegaba la luz de la farola se veían densas, húmedas e inmóviles, arracimadas en la sombra.

La cancela se cerró detrás de mí, arranqué, mi hermana se inclinó por encima y me hizo un gesto con la mano. Es la última imagen que conservo de aquel domingo, mi hermana levantando la mano por encima de la cancela, como la tía Hélène en otros tiempos, cuando papá venía a buscarnos a Fromentine al término de las vacaciones, cuando el coche, a finales de agosto, arrancaba, siempre de noche y con el maletero hasta los topes, en la calle pequeña y llena de arena porque quedaba muy cerca de las dunas (en realidad, era un callejón sin salida; terminaba en uno de los senderos arenosos que atraviesan el bosque de Monts).

Estaba segura de que mi hermana miraría en mi dirección hasta que las luces traseras de mi coche se convirtieran en dos puntitos en la oscuridad, hasta que girase en el cruce, hasta que ya solo quedaran las dos aceras iluminadas.

Cuando pasé por la estación de Sèvres-Ville-d'Avray, no pude evitar echarle una ojeada; los andenes que sobresalían por encima de la calle estaban desiertos; ningún tren acababa de llegar; ningún tren estaba a punto de salir; nadie esperaba; se veían las vías, el balastro de color carbón, el letrero luminoso que anunciaba los horarios, y todo desplazaba la oscuridad en derredor.

Aquella noche, el lugar me recordó más que de costumbre a una película que vi hace mucho tiempo. Arrancaba ahí, en el andén cuya superficie seca yo alcanzaba a ver, elevada con respecto a la calle. Naturalmente, el entorno había cambiado: una escena mostraba la antigua pasarela metálica con barandilla labrada de la estación antigua, sustituida por uno de esos pasillos con alicatado de cerámica que recuerdan a los pasillos de una piscina; los hombres llevaban sombrero, impermeables doblados sobre el brazo. Se veían los estanques de Corot en invierno; esos sí que no habían cambiado. Eran uno de los escenarios de la película. Allí era donde un hombre joven, una especie de estudiante, llevaba de paseo a una niña. Recordaba que el actor era rubio, que tenía los ojos claros, acento extranjero: ¿alemán?, ¿o ruso?, un soldado desmovilizado que regresaba de la guerra; pero ¿qué guerra? Mis recuerdos eran lejanos. El joven iba a buscar a la niña al orfanato los domingos, haciéndose pasar por su padre. La llevaba a los estanques. Jugaban juntos, nada más. Nadie desconfiaba, nadie vigilaba; nadie más iba a recogerla, y es normal que un hombre vaya a buscar a una niña los domingos para estar con ella. Los domingos debía de reinar en el orfanato tal tristeza por los niños que se quedaban allí encerrados que *cualquier cosa era mejor*.

La vida puede ser un orfanato terrible, me decía yo mientras veía de nuevo los árboles pelados, las orillas embarradas de los estanques de Ville-d'Avray, los escasos paseantes, el paisaje en blanco y negro, como si aquello arrojara luz sobre muchas cosas, como si tuviera alguna relación con la historia de mi hermana.

En la película, la chiquilla llevaba un gorro, leotardos de lana, un abrigo con trabilla exactamente igual a los que llevábamos mi hermana y yo en la época de Thierry la Fronde y Rochester. Era una niña de nuestra generación.

Recordaba que me había gustado mucho aquella película que mostraba Ville-d'Avray bajo una luz extraña, y que creaba un sentimiento rayano en la incomodidad o el miedo, porque el espectador se preguntaba constantemente: ¿Qué puede pasar? ¿Qué están haciendo?

Mi carretera bordeaba la tapia del parque de Saint-Cloud. La verja estaba cerrada. Todo estaba oscuro.

Circulaba despacio; los faros traseros del coche que iba delante de mí se encendían porque la circulación avanzaba muy despacio. Había atascos en dirección a París. Me veía obligada a frenar; y, mientras bordeaba el parque, cada vez que frenaba, observaba el tapiz casi impenetrable de los árboles.

Pensaba en los juegos clandestinos de la niña con el hombre, y en los encuentros de mi hermana con Hermann. En la película, no se sabía qué habría podido ocurrir, porque, al final,

unos policías mataban al hombre.



Tampoco se sabe exactamente cuándo se sale de Ville-d'Avray. Muchos municipios son fronterizos. El hábitat se ha adensado en cuestión de poco tiempo; las luces del alumbrado urbano han sustituido los jirones de negrura húmeda de los jardines; en cuestión de poco tiempo, ha sido ese halo de falso día gaseoso, vagamente anaranjado, tan continuo que carece ya de sombras, el que ha recubierto los barrios periféricos: Suresnes, chalés cada vez más apiñados, edificios escalonados sobre el desnivel de las colinas, salones de belleza, tiendas de alimentación abiertas hasta medianoche, pizzerías que garantizan un servicio a domicilio rápido, autoescuelas que ofrecen programas de «recuperación de puntos» o clases de «conducción supervisada», cafeterías con las sillas de la terraza apiladas en el interior porque es día de descanso.

Según llegaba al costado de Montretout, París apareció más abajo; era una hora en punto, no recuerdo ya cuál, las diez quizá. La torre Eiffel titilaba como los bordes de las viejas felicitaciones navideñas recubiertas de una gruesa capa de escarcha de mentira; su haz azulado barría despacio el cielo tibio, debía de verse por todas partes, desde donde yo estaba, y desde las ventanas de los pisos grandes, silenciosos y señoriales del Campo de Marte.

Más abajo, los faros traseros rojos de los coches que salían del túnel bajaban hacia el Sena como si se derramasen sin interrupción, o desaguaran en un estanque.



Hacía fresco cuando me despedí de mi hermana. Un frescor otoñal empezaba a subir de la hierba, pero, en París, por los bulevares periféricos, en el asfalto recalentado durante la tarde, reaparecía el calor acre, picante, la animación de las noches de verano. Tenía una la sensación de regresar a la vida real, rápida, brutal; los autobuses pasaban, la gente caminaba deprisa, con decisión, en camiseta; las anchas carteleras electrónicas refulgían sobre los bulevares, pero yo volvía de otro mundo. Tenía aún ante los ojos los conos de luz anaranjada contra los muros de los chalés de su calle. El silencio y, alrededor, la negrura húmeda y fresca de la noche.

Estaba tan triste como si me hubiera exiliado.

¿Me habría mentido mi hermana? ¿Habría subido al tercero? ¿Habría vuelto varias veces al callejón sin salida? La oía decirme: No seas ridícula.



Cuando Luc llegó, yo estaba sentada a oscuras en el sofá del salón.

—¿Qué pasa? —me preguntó—. ¿Qué te ocurre?

¿No enciendes la luz? ¡Vaya cara tienes!

Hasta que, de pronto, lo comprendió:

—¿Has vuelto a ir a Ville-d'Avray!

«Resulta absurdo decir que la calma satisface a los seres humanos. En sus vidas debe haber acción, y si no la tienen, acabarán buscándola.»

CHARLOTTE BRONTË, *Jane Eyre*

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Un domingo en Ville-d'Avray*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



Nota biográfica

Dominique Barbéris (Camerún, 1958) es novelista y profesora de escritura en la Universidad de la Sorbona. Es autora de diez novelas. En 2008 recibió el Prix des Deux Magots y el Prix de la Ville de Nantes por su obra *Quelque chose à cacher*; y en 2018, el Prix Jean-Freustié / Fondation de France por *L'Année de l'éducation sentimentale*. Su última novela, *Un domingo en Ville-d'Avray* (2019; Libros del Asteroide, 2021), ha sido finalista de los premios Femina y Goncourt.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Un domingo en Ville-d'Avray*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

[Un debut en la vida](#), Anita Brookner

[Vidas breves](#), Anita Brookner

[A su imagen](#), Jérôme Ferrari